Comedias

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ — *Caricatura de TOVAR*

Enrique IBSEN — **Casa de muñeca**

El suicidio de Lucerito — **Jacinto BENAVENTE**

50 céntimos.

NUM. XXXII 25 DE SEPTIEMBRE DE 1926 AÑO I

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR: ANDRES GUILMAIN

GERENTE: BENJAMIN S. HERRERO

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 © MADRID © Apartado 8.036

Precios de suscripción – *España y América:* Trimestre, 6 pesetas; semestre, 12; año, 24.—*Extranjero:* Semestre, 15 pesetas; año, 28.

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos números extraordinarios se publiquen.

EDITORIAL SIGLO XX

RODRIGUEZ SAN PEDRO, 57 MADRID APARTADO 8.036

OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas
Pedro Mata: Una ligereza	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven	5,00
Paul Morand: La Europa galante	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral	2,50
Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor	2,50
Emilio Carrere: El más espantoso amor	2,50
José Francés: Su Majestad	2,50
Alvaro Retana: El paraíso del diablo	5,00

PROXIMAS A APARECER

Paul Morand: Lewis e Irene.
Pedro de Répide: La abominable virtud.

Talleres Poligráficos. S A., Ferraz, 72, Madrid.

ENRIQUE IBSEN

CASA DE MUÑECA

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

HELMER, abogado.
NORA, su esposa.
EL DOCTOR RANK.
CRISTINA LINDE.
CROGSTAD, procurador.

IVAR, BOB, EMMY } hijos de Helmer.
ANA MARÍA, niñera.
ELENA, sirvienta.
MANDADERO.

La acción se desarrolla en casa de Helmer, en Noruega.

ACTO PRIMERO

Habitación amueblada con buen gusto y confortablemente, pero sin lujo. A la izquierda del foro, puerta del recibimiento; a la derecha, la puerta del despacho de Helmer. Entre estas puertas, un piano. A la derecha, una puerta, y en primer término, una ventana. Cerca de la ventana, mesa redonda, sillón y sofá. A la izquierda, en primer término, chimenea ante la cual hay algunos sillones y una mecedora; un poco más atrás, una puerta. Entre la chimenea y la puerta, una mesita. Grabados en las paredes. Anaquel adornado con figuritas de porcelana y otros objetos de arte. Estantería pequeña, llena de libros ricamente encuadernados. El suelo está alfombrado. La chimenea hállase encendida. Es un día de invierno.

Suena una campanilla en el recibimiento. Poco después se abre la puerta. Entra Nora tarareando alborozadamente, con sombrero y abrigo. Lleva algunos paquetes, que coloca en la mesa de la izquierda. Deja abierta la puerta del recibimiento,

en el que se ve un mandadero que trae un árbol de Navidad y un cesto, que entrega a la criada que abre la puerta.

NORA. Esconde el árbol de Navidad, Elena. No conviene que los niños lo vean antes de la noche, antes de que esté adornado. *(Al mandadero, sacando el portamonedas.)* ¿Cuánto es?

MAND. Cincuenta céntimos.

NORA. Ahí va una corona. Está bien. Para usted la vuelta. *(El mandadero saluda y vase. Nora cierra la puerta. Continúa sonriendo alegremente mientras se despoja del sombrero y el abrigo. Saca del bolsillo un cucurucho de almendras garapiñadas, come dos o tres, anda de puntillas y escucha a la puerta del despacho de su marido.)* ¡Ah! ¡Está en el despacho!

HELM. *(Desde el despacho.)* ¿Es mi alondra la que gorjea?

NORA. Sí.

HELM. ¿Es mi ardilla la que se mueve?

NORA. Sí.

HELM. ¿Cuándo ha vuelto la ardilla?

NORA. Ahora mismo. *(Se guarda el cucurucho en el bolsillo, se limpia la boca y dice.)* Ven, Torvaldo; ven a mirar lo que he comprado.

HELM. No me distraigas. *(Poco después abre la puerta y, pluma en mano, echa una ojeada por la habitación.)* ¿Comprado? ¿Todo esto? ¿El estornino chiquitín ha encontrado otra vez manera de gastar dinero?

NORA. Sí, Torvaldo. Este año podemos gastar más. Es la primera Navidad en que no tenemos que economizar.

HELM. Sí...; pero tampoco debemos ser pródigos.

NORA. Sí, Torvaldo; un poco, nada más que un poco. Ahora recibirás un sueldo crecido y ganarás mucho, mucho dinero.

HELM. Sí, desde Año Nuevo. Pero ha de transcurrir un trimestre todavía antes de que yo cobre nada.

NORA. ¿Qué importa? Podemos pedir prestado.

HELM. ¡Nora! *(Se acerca a ella y bromeando la tira de la oreja.)* ¡Siempre tan ligera! Supón que pido prestadas mil coronas, que las gastas en las fiestas de Navidad, que en vísperas de Año Nuevo me cae una teja en la cabeza y que...

NORA. *(Tapándole la boca.)* ¡Cállate! ¡No hables así!

HELM. Figúrate que ocurre esto. Y entonces, ¿qué?

NORA. Si sucediera esto, igual me daría tener deudas que no.

HELM. ¿Y los que me hubiesen prestado dinero?

NORA. ¿Esos? ¿Quién piensa en ellos? Son extraños.

HELM. Nora, Nora; verdaderamente eres una mujer. Hablando en serio, Nora, ya conoces mis ideas: ni deudas, ni préstamos. En toda casa fundada sobre deudas y préstamos hay una especie de esclavitud, algo vergonzoso. Hasta ahora hemos sabido arreglarnos y continuaremos igual durante el poco tiempo de prueba que nos falta.

NORA. *(Aproximándose a la chimenea.)* Está bien. Como quieras, Torvaldo.

HELM. *(Siguiéndola.)* ¡Vaya! ¡Vaya! La alondra no debe arrastrar el ala por eso. ¿Eh? ¿No se mueve ya la ardilla? *(Abre su cartera.)* Nora, ¿qué crees que tengo aquí?

NORA. *(Volviéndose rápidamente.)* ¡Dinero!

HELM. Toma. *(Le da algunos billetes de banco.)* Ya comprendo que por Navidad hay muchos gastos que hacer en una casa.

NORA. *(Contando.)* Diez, veinte, treinta, cuarenta. Gracias, Torvaldo. Ya verás para cuánto tiempo tengo.

HELM. Así lo espero.

NORA. Puedes estar seguro de que no tendrás queja de mí. Pero ven. Quiero enseñarte todo lo que he comprado, y todo baratito. Mira: un traje nuevo y un sable para Ivar, un caballo y una trompeta para Bob y una muñeca con su cama para Emmy. Todo muy ordinario, porque en seguida lo rompe. Delantales y cortes para las criadas. La buena Ana María se merece algo más.

HELM. Y este paquete, ¿qué es?

NORA. *(Gritando.)* No. Torvaldo, no lo puedes ver hasta la noche.

HELM. Bien, bien. Pero díme, derrochadora: y a ti, ¿qué te gustaría?

NORA. Ya sabes que no me preocupo nunca de mí.

HELM. Ya lo sé. Pero díme algo razonable que te guste.

NORA. No sé, realmente. O mira, oye, Torvaldo...

HELM. A ver...

NORA. *(Jugando con los botones de su traje, sin mirarle.)* Si quisieras darme algo podrías..., podrías...

HELM. ¡A ver!

NORA. *(De pronto.)* ¡Podrías darme dinero, Torvaldo! ¡Oh! Una pequeña cantidad, lo que puedas, y uno de estos días me compraré algo con él.

HELM. Pero, Nora...

NORA. ¿Verdad que sí? ¿Me lo darás, querido Torvaldo? Te lo suplico. Colgaré el dinero en el árbol, en un sobre dorado precioso. ¡Será muy divertido!

HELM. ¿Cómo se llama el ave que derrocha siempre sin miramiento alguno?

NORA. Sí, sí; el estornino. Ya lo sé. Pero haz lo que te digo, Torvaldo. Esto me dará tiempo para pensar en algo más útil. ¿No es razonable?

HELM. *(Sonriendo.)* Si supieras emplear el dinero que te doy y realmente comprar algo...; pero desaparece en la casa y en mil naderías, y después tengo que darte más...

NORA. Pero, Torvaldo...

HELM. Es evidente, mi querida Nora. *(La abraza.)* El estornino es gentil; pero necesita demasiado dinero. ¡Parece increíble lo que le cuesta a un hombre tener un estornino!

NORA. Pero ¿por qué dices eso? ¡Ahorro lo que puedo!

HELM. Sí, tienes razón. Lo que puedes; pero no puedes nada.

NORA. *(Tarareando y riendo alegremente.)* ¡Si supieras, Torvaldo, cuántos gastos tenemos nosotras las alondras y los estorninos!

HELM. Eres una personita muy original. Igual que tu padre. Tienes mil recursos para procurarte dinero; pero en seguida que lo tienes se te escurre por entre los dedos. Nunca sabes en qué lo gastas. En fin, hay que tomarte como eres. Lo tienes en la masa de la sangre. Sí, Nora; eso es hereditario.

NORA. ¡Ya quisiera yo haber heredado muchas cualidades de papá!

HELM. Y yo te quiero tal como eres, alondra querida. Pero, oye, se me ocurre una idea: tienes hoy un aspecto, ¿cómo decirlo?, un aspecto algo extraño.

NORA. ¿Yo?

HELM. Sí, tú. ¡Mírame a los ojos! *(Nora le mira.)* ¿La golosita no hizo hoy ninguna escapada?

NORA. No. ¿Por qué me lo dices?

HELM. ¿La golosita no ha entrado de veras en ninguna confitería?

NORA. No. Te lo aseguro, Torvaldo.

HELM. ¿No se ha comido ni un poco de confitura?

NORA. No.

HELM. ¿Ni una almendra?

NORA. No, Torvaldo. Te aseguro que no.

HELM. ¡Bueno! ¡Bueno! Era broma.

NORA. *(Acercándose a la mesa de la izquierda.)* No se me ocurriría hacer nada que te disgustara. Puedes estar seguro.

HELM. Sí. Ya lo sé. Me has dado palabra. *(Acercándose a Nora.)* Guarda tú sola los misterios de Nochebuena, Nora querida. Cuando se encienda el árbol se descubrirán.

NORA. ¿Te has acordado de invitar a comer al doctor Rank?

HELM. No; pero es inútil. Cae de su peso. Además, le invitaré ahora cuando venga. He encargado buenos vinos Nora, no puedes imaginarte qué alegría me da esta noche.

NORA. A mí también. ¡Y qué contentos estarán los chicos!

HELM. ¡Qué satisfacción da pensar que se ha llegado a una situación estable, asegurada, que uno está bien provisto de todo! ¿No es verdad? Da alegría sólo el pensarlo.

NORA. Sí, es cierto.

HELM. ¿Te acuerdas de la Navidad pasada? Tres semanas antes te encerrabas todas las veladas, hasta media noche, para hacer flores para el árbol de Navidad y para prepararnos sorpresas. ¡Oh! ¡Es la época más aburrida que recuerdo!

NORA. Yo no me aburría.

HELM. *(Sonriendo.)* Pero el resultado fué realmente desastroso, Nora.

NORA. ¡Bueno! ¿Vas a burlarte todavía? ¿Qué culpa tengo si el gato entró y lo destruyó todo?

HELM. No, Nora. No fué culpa tuya. Con la mejor voluntad del mundo querías ayudarnos, y esto es lo esencial. Sin embargo, ya era hora de que pasara el mal tiempo.

NORA. Sí, no me sé dar cuenta todavía.

HELM. Ahora no me aburriré solo y tú no necesitarás atormentar tus ojos queridos ni tus lindas manitas.

NORA. *(Aplaudiendo.)* ¿Ya no, Torvaldo? ¿Verdad? ¡Dios mío! ¡Qué alegría! Ahora voy a decirte cómo pienso que nos arreglemos, pasadas las Navidades. *(Suena el timbre.)* Llaman. *(Arregla los sillones del salón.)* Alguien viene. ¡Qué fastidio!

HELM. Si es visita, recuerda que no estoy para nadie.

CRIAD. *(En la puerta de entrada.)* Señora, una señora pregunta por usted...

NORA. Que entre.

CRIAD. *(A Helmer.)* El doctor ha llegado también.

HELM. ¿Ha pasado a mi despacho?

CRIAD. Sí, señor. *(Helmer entra en su despacho. La criada hace entrar a la señora Linde, que viene en traje de viaje, y después cierra la puerta.)*

LINDE. *(Tímidamente, con vacilación.)* Buenos días, Nora.

NORA. *(Indecisa.)* Buenos días.

LINDE. ¿No me recuerdas?...

NORA. En efecto..., no sé...; sí..., me parece... *(De pronto.)* ¡Cristina! ¿Eres tú?

LINDE. Sí, soy yo.

NORA. ¡Cristina! ¡Y yo que no te reconocía! Pero ¿cómo era posible? *(En voz más baja.)* ¡Cuánto has cambiado, Cristina!

LINDE. Es verdad. Hace nueve..., diez años largos.

NORA. ¿Realmente hace tanto tiempo que no nos hemos visto? Sí, sí; eso es. ¡Si supieras qué feliz fuí en estos últimos años! ¿Y ahora estás aquí? ¿Hiciste un viaje tan largo en pleno invierno? Eres atrevida.

LINDE. Llegué en el vapor esta mañana.

NORA. ¿Para pasar las Navidades, naturalmente? ¡Qué alegría! ¡Cuánto vamos a divertirnos! ¡Quítate el abrigo! No tienes frío, ¿verdad? *(La ayuda.)* Ahora vamos a sentarnos cómodamente ante la chimenea. No, siéntate en este sillón. Yo me siento en la mecedora; es costumbre. *(La coge las manos.)* Ahora sí te recuerdo bien; en el primer momento, no... Estás un poco más pálida, Cristina, y un poco más delgada también.

LINDE. Y mucho más vieja, Nora.

NORA. No, un poco, muy poco, tal vez sí; pero mucho, no. *(Se calla de pronto y luego dice con seriedad.)* Pero ¡qué loca soy! Con tanto charlar... ¡Querida Cristina, perdóname!

LINDE. ¿Qué quieres decir, Nora?

NORA. *(Con cariño.)* Pobre Cristina; eres viuda.

LINDE. Sí, hace tres años.

NORA. Lo sé. Lo he leído en los periódicos. Cristina, puedes creerme. Muchas veces pensé en escribirte entonces; pero siempre aplazaba la carta de un día para otro y siempre venía algo a impedirlo.

LINDE. Me hago cargo perfectamente.

NORA. No, Cristina, hice muy mal. Pobre amiga, ¡cuánto debes haber sufrido! ¿No te dejó para vivir?

LINDE. No.

NORA. ¿Hijos?

LINDE. Tampoco.

NORA. Nada entonces.

LINDE. Ni siquiera una tristeza en el corazón, uno de esos sentimientos que pueden llenar una vida.

NORA. *(Mirándola con incredulidad.)* Pero, Cristina, ¿cómo es posible?

LINDE. *(Sonriendo amargamente y acariciándole el cabello.)* Así ocurre a veces, Nora.

NORA. ¡Sola en el mundo! ¡Cuánto debes sufrir! Yo tengo tres niños monísimos. Ahora no puedes verles. Salieron con la niñera. Cuéntamelo todo.

LINDE. Después. Empieza tú.

NORA. No, tú primero. Hoy no quiero ser egoísta, no quiero pensar mas que en ti. Hay algo, sin embargo, que quiero decirte. ¿Sabes la gran suerte que hemos tenido estos días?

LINDE. No; ¿cuál?

NORA. Han nombrado a mi marido director del Banco.

LINDE. ¿A tu marido? ¡Qué suerte!

NORA. ¿Verdad? Es triste ser abogado, sobre todo cuando no se quieren aceptar mas que causas buenas y justas. Y éste era, naturalmente, el caso de Torvaldo, en lo cual le apruebo por completo. Ya ves si somos dichosos. En primero de año debe ocupar el cargo. Tendrá un gran sueldo y muchas ventajas más. Entonces podremos vivir como queramos, no como ahora. ¡Cristina, qué dichosa soy y qué tranquila me encuentro! Es delicioso tener mucho dinero y no preocuparse por nada. ¿No es verdad?

LINDE. Sí. En todo caso, debe ser agradable tener lo necesario.

NORA. No, no sólo lo necesario, sino mucho, mucho dinero.

LINDE. *(Sonriendo.)* Nora, Nora, ¿aun no eres razonable? En el colegio eras muy derrochadora.

NORA. *(Sonriendo afectuosamente.)* Torvaldo dice que lo soy aún. *(Amenazando con el dedo.)* Nora, Nora no es tan loca como vosotros creéis. Hasta ahora no tiene gran cosa que derrochar. Tuvimos que trabajar los dos.

LINDE. ¿Tú también?

NORA. Sí, en cosas pequeñas: labores, crochet, bordados, etcétera. *(Cambiando de tono.)* Y en algo más. Sabes que Torvaldo dejó el ministerio cuando nos casamos. No tenía esperanzas de aumento de sueldo en la oficina y necesitaba ganar más que antes. El primer año tuvo un trabajo abrumador. Tenía que bus-

car labores extraordinarias y trabajar desde por la mañana hasta por la noche. Esto fué superior a sus fuerzas y cayó gravemente enfermo. Entonces los médicos dijeron que tenía que ir al Mediodía.

LINDE. Es verdad. Estuvisteis un año en Italia.

NORA. Sí, y no fué fácil decidirse, como puedes suponer. Ivar acababa de nacer. Pero era necesario. Fué prodigiosamente hermoso el viaje. Salvó la vida a Torvaldo; pero ¡cuánto dinero costó, Cristina!

LINDE. Ya me lo figuro.

NORA. ¡Mil doscientos escudos! ¡Cuatro mil ochocientas coronas! Eso sí que es dinero.

LINDE. Sí, y en estos casos es gran suerte el tenerlo.

NORA. Voy a decírtelo: fué papá quien nos lo dió.

LINDE. Sí; precisamente fué en la época en que murió tu padre, si mal no recuerdo.

NORA. Sí, Cristina; en la misma época. Y figúrate que no pude asistirle. Esperaba de un día para otro el nacimiento de Ivar, y mi pobre Torvaldo, muriéndose, necesitaba de mis cuidados. ¡Qué bueno era papá! ¡No volví a verle! Es lo más doloroso que he tenido que sufrir desde que estoy casada.

LINDE. Ya sé que le querías mucho. ¿De modo que os fuisteis a Italia?

NORA. Sí; teníamos dinero y los médicos nos metían prisa. Nos marchamos un mes después.

LINDE. ¿Y tu marido regresó completamente curado?

NORA. Se encontraba perfectamente, sí.

LINDE. ¿Y ese médico?

NORA. ¿Qué quieres decir?

LINDE. Recuerdo que la criada ha anunciado a un doctor, haciéndole entrar al mismo tiempo que a mí.

NORA. Sí, el doctor Rank. No viene como médico. Es nuestro mejor amigo; viene a vernos por lo menos una vez al día. No; Torvaldo después no tuvo ni una indisposición. Los niños también están buenos y sanos, y yo igual. *(Se levanta de un salto y aplaude.)* ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cristina! ¡Qué delicioso es vivir y ser feliz! Pero esto es vergonzoso... No hablo mas que de mí. *(Se sienta en un taburete al lado de Cristina y se apoya en sus rodillas.)* No lo tomas a mal, ¿verdad? Di: ¿es verdad que no amabas a tu marido? ¿Por qué te casaste entonces?

LINDE. Mi madre vivía aún, enferma y sin sostén. Además, tenía que mantener a mis dos hermanos pequeños. No me creí con derecho a rechazar su oferta.

NORA. No, no. Tengo la seguridad de que tuviste razón. ¿Era rico en aquella época?

LINDE. Estaba en posición desahogada. Pero era una fortuna inestable. A su muerte todo se hundió. No se salvó nada.

NORA. ¿Y entonces...?

LINDE. Tuve que emprender un negocito, una escuela que dirigía yo. ¡Qué sé yo! Los tres últimos años no fueron para mí mas que un solo día de trabajo muy largo. Ahora ya no, Nora. Mi pobre madre no necesita ya de mí: se fué. Los niños, tampoco. Ya saben ganarse la vida.

NORA. ¡Qué tranquila debes estar!

LINDE. No, Nora: ahora siento un vacío insoportable. ¡No tener nadie a quien consagrarme! *(Se levanta con inquietud.)* Por eso no pude permanecer más tiempo allá, en aquel país aislado. Aquí debe ser más fácil abstraerse en una ocupación, distraer el pensamiento. ¡Si tuviese la suerte de encontrar colocación en alguna oficina...!

NORA. ¿Piensas en eso? ¡Es aburrido! Y, además, necesitas descansar. Debes irte a una playa.

LINDE. No tengo papá que me pague el viaje.

NORA. *(Levantándose.)* No te enfades conmigo.

LINDE. Eres tú, querida Nora, la que no debes enfadarte conmigo. Lo peor que sucede en una situación como la mía es que el carácter se agria. No tenemos a nadie por quien trabajar, y, sin embargo, tenemos que defendernos de todos, porque es preciso vivir. Y nos convertimos en egoístas. ¿Qué quieres que te diga? Cuando me hablaste de la buena marcha de vuestros asuntos me alegré más por mí que por ti.

NORA. ¿Cómo? ¡Ah, sí!... Comprendo. Pensaste que Torvaldo podría serte útil.

LINDE. Sí, lo pensé.

NORA. Lo será, Cristina. Voy a preparar el terreno delicadamente, a pensar en algo que predisponga a Torvaldo en tu favor. ¡Oh! ¡Tengo tantos deseos de servirte...!

LINDE. Eres muy buena, Nora, demostrando tanto empeño. Tanto más buena cuanto que apenas conoces las miserias y los pesares de la vida.

NORA. ¿Yo? ¿Lo crees?

LINDE. *(Sonriendo.)* Sí; ya me figuro: labores y bagatelas por el estilo. Eres una niña, Nora.

NORA. *(Moviendo la cabeza y atravesando la escena.)* No hables tan ligeramente.

LINDE. ¿De veras?

NORA. Piensas como los demás. Crees que no sirvo para nada serio.

LINDE. ¡Vaya, vaya!

NORA. Que no tengo la menor idea del lado doloroso de la vida.

LINDE. Pero, querida Nora, si acabas de contarme todas las dificultades que has tenido...

NORA. ¡Bah!... ¡Bagatelas!... *(En voz baja.)* No te he contado lo principal.

LINDE. ¿Qué quieres decir?

NORA. Me tratas con superioridad, Cristina, y no debes hacerlo. Estás orgullosa por haber trabajado tanto y tanto tiempo por tu madre.

LINDE. A nadie trato con superioridad. Pero tienes razón al decir que estoy contenta y orgullosa al pensar que, gracias a mí, los últimos días de mi madre fueron tranquilos.

NORA. ¿Y estás orgullosa también por lo que hiciste por tus hermanos?

LINDE. Me parece que tengo derecho a estarlo.

NORA. Es lo que pienso yo. Ahora voy a contarte una cosa, Cristina. También yo tengo un motivo de alegría y de orgullo.

LINDE. No lo dudo. Pero ¿cómo lo juzgas tú misma?

NORA. Habla más bajo. ¡Si Torvaldo nos oyera...! Por nada en el mundo quisiera que... Nadie debe saberlo, nadie en el mundo, a excepción de ti, Cristina.

LINDE. Pero ¿qué es?

NORA. Ven más cerca. *(Atrayéndola a su lado en el sofá.)* Sí... Oye... También puedo estar orgullosa y contenta de mí. Yo salvé la vida de Torvaldo.

LINDE. ¿Salvado?... ¿Cómo salvado?

NORA. Te he hablado ya de nuestro viaje a Italia, ¿verdad? Torvaldo hubiera muerto si no hubiera podido ir al Mediodía.

LINDE. Sí; tu padre os dió el dinero necesario.

NORA. Sí; eso creen Torvaldo y todo el mundo; pero...

LINDE. Pero...

NORA. Papá no nos dió un céntimo. Yo busqué el dinero.

LINDE. ¿Tú?... ¿Una cantidad tan grande...?

NORA. Mil doscientos escudos, cuatro mil ochocientas coronas. Y ahora ¿qué dices?

LINDE. Pero ¡Nora! ¿Cómo pudiste...? ¿Te tocó algún premio a la lotería?

NORA. *(Con desprecio.)* ¿A la lotería? *(Con desdén.)* ¿Qué mérito hubiera tenido?

LINDE. Pues ¿dónde lo encontraste?

NORA. *(Sonriendo maliciosamente y cantando.)* ¡Ah! ¡Tra la rá!

LINDE. No pudiste pedirlo prestado.

NORA. ¿Por qué?

LINDE. Porque una mujer casada no puede pedir dinero sin consentimiento de su esposo.

NORA. *(Moviendo la cabeza.)* ¡Bah! Si se trata de una mujer algo práctica..., una mujer que sepa desenvolverse fácilmente...

LINDE. Nora, no comprendo ni una palabra.

NORA. No necesitas comprender. No he dicho que pidiera prestado ese dinero. Me lo he podido procurar de otro modo. *(Se echa en el sofá.)* Pude haberlo recibido de un adorador..., ¿no? Con mis atractivos...

LINDE. ¡Qué loca eres!

NORA. Confiesa que estás intrigadísima.

LINDE. Supongo, Nora, que no habrás cometido ninguna locura.

NORA. *(Incorporándose.)* ¿Es locura salvar la vida al marido?

LINDE. Lo que puede ser una locura es que a sus espaldas...

NORA. ¡Pero si precisamente él no podía saberlo! ¿No lo comprendes? No debía conocer la gravedad de su estado. A mí me vinieron a decir los médicos que su vida peligraba, que sólo una temporada en el Mediodía podía salvarle. ¿Crees que no me costó trabajo engañarle? Le ponderaba lo feliz que sería viajando por el extranjero como otras mujeres jóvenes; lloraba, suplicaba, le decía que debía considerar el estado en que me hallaba y satisfacer mi deseo. Por fin, le insinué que debía pedir dinero prestado. Pero entonces, Cristina, estuvo a punto de enfadarse muy seriamente. Me dijo que era una aturdida y que su deber de marido era no doblegarse a mis fantasías y a mi capricho. «Bueno, bueno, pensaba yo, cueste lo que cueste, le he de salvar la vida.» Entonces se me ocurrió una idea.

LINDE. ¿Y tu marido no supo por tu padre que el dinero no era suyo?

NORA. Nunca. Papá murió pocos días después. Había pensado revelárselo todo, rogándole que no me vendiera; pero estaba tan enfermo... Desgraciadamente, no tuve tiempo de intentarlo.

LINDE. Y después, ¿nunca se lo confesaste a tu marido?

NORA. ¡No, Dios mío! ¡Ni pensarlo! ¡A él, que es tan severo en este punto! Y, además, a Torvaldo, con su amor propio de hombre, le hubiera sido muy doloroso. ¡Qué humillación para él saber que me debía algo! Se hubieran enfriado nuestras relaciones; nuestro hogar, tan agradable, tan dichoso, no sería lo que es.

LINDE. ¿Nunca se lo dirás?

NORA. *(Reflexionando y sonriendo.)* Sí... Con el tiempo, acaso... Dentro de muchos, de muchos años, cuando no sea tan bonita como ahora. ¡No te rías! Quiero decir: cuando Torvaldo no me ame tanto, cuando no goce tanto viéndome bailar, disfrazarme y declamar para él. Entonces, quizá convenga tener algo a que recurrir. *(Interrumpiéndose.)* ¡Bah! No llegará nunca ese día. Y ahora, Cristina, ¿qué te parece mi gran secreto? También he sido útil para algo. Puedes creerme si te digo que este asunto me proporcionó muchos disgustos... No me ha sido fácil, dicho sea en honor de la verdad, pagar en fecha fija. En los negocios hay una cosa que se llama el trimestre y otra que se llama la amortización, y todo esto es terriblemente difícil de arreglar. He tenido que economizar un poco de cada cosa. En el hogar poco pude conseguir: era necesario que Torvaldo viviese cómodamente. Los niños tampoco podían ir mal vestidos. Todo cuanto recibía para ellos me parecía justo emplearlo en ellos. ¡Angelitos míos!

LINDE. ¡Tuviste que quitártelo de tus gastos personales, pobre Nora!

NORA. Naturalmente. Además, era lo más equitativo. Cada vez que Torvaldo me daba dinero para alfileres gastaba sólo la mitad: compraba siempre lo más barato. Afortunadamente todo me sienta bien, y así Torvaldo no ha advertido nada. Sin embargo, a veces me duele, Cristina. ¡Es tan agradable ir elegante...! ¿Verdad?

LINDE. Ya lo creo.

NORA. Tengo otros ingresos. El invierno pasado tuve la suerte de encontrar mucho trabajo de copia. Entonces me encerraba y escribía hasta hora muy avanzada de la noche. A veces me encontraba muy cansada! ¡Muy cansada! A veces me parecía que era un hombre.

LINDE. ¿Cuánto has podido pagar así?

NORA. No puedo decírtelo exactamente. Es muy difícil en-

tenderse en esta clase de negocios. Sólo sé que pagué cuanto pude. A veces no sabía qué idear. *(Sonriendo.)* y me figuraba que un anciano muy rico se enamoraba de mí...

LINDE. ¿Cómo? ¿Qué anciano?

NORA. ¡Tonterías! Que moría y que al abrir su testamento se leía en grandes letras: «Todo mi dinero es para la encantadora Nora Helmer y le será entregado en el acto.»

LINDE. Pero, querida Nora, ¿quién es ese señor?

NORA. Pero ¿no lo comprendes? El viejo no existe mas que en mi imaginación. Era lo único que se me ocurría cada vez que no encontraba medio de procurarme dinero. Por lo demás, ahora ya me es indiferente. El viejo bonachón puede vivir cuanto le parezca. Ya no me preocupo de él, ni de su testamento, porque ahora ya estoy tranquila. *(Se levanta vivamente.)* ¡Oh! Dios mío, ¡qué alegría da pensarlo! ¡Cristina, tranquila! ¡Vivir tranquila, tranquila del todo, jugar con los niños, arreglar la casa bien, con gusto, como Torvaldo quiere tenerla! Después vendrá la primavera: el hermoso cielo azul. Tal vez podamos viajar un poco. ¡Volver a ver el mar! ¡Oh! ¡Qué hermoso es vivir y ser feliz! *(Llaman.)*

LINDE. *(Levantándose.)* Llaman. ¿Debo irme?

NORA. No, quédate. No vendrá nadie. Seguramente preguntarán por Torvaldo...

CRIAD. Perdón, señora... Hay un caballero que desea hablar al señor abogado...

NORA. Al señor director, querrás decir...

CRIAD. Al señor director, sí. Pero, como el doctor está con él..., no me he atrevido...

KROG. *(Presentándose.)* Soy yo, señora.

LINDE. *(Se estremece, se turba y se vuelve hacia la ventana.)*

NORA. *(Da un paso hacia él y turbada dice en voz baja.)* ¿Usted? ¿Qué pasa? ¿Qué quiere usted decir a mi marido?

KROG. Quiero hablarle del Banco. Tengo un empleo modesto y he oído decir que su marido va a ser nuestro jefe.

NORA. Es verdad.

KROG. Asuntos enojosos, señora, nada más que asuntos enojosos.

NORA. Moléstese en entrar en su despacho. *(Saluda con negligencia al cerrar la puerta del vestíbulo, y después se dirige hacia la chimenea.)*

LINDE. Nora, ¿quién es ese hombre?

NORA. El procurador Krogstad.

LINDE. ¡Era él!

NORA. ¿Le conoces?

LINDE. Le conocí hace muchos años. Fué en aquel tiempo nuestro procurador.

NORA. Sí, eso es.

LINDE. ¡Cuánto ha cambiado!

NORA. Creo que fué muy desgraciado con la familia.

LINDE. Ahora es viudo. ¿No es verdad?

NORA. Sí, con un montón de hijos. ¡Bueno! Ahora me quemo. *(Retira su mecedora.)*

LINDE. Dicen que se ocupa en negocios de todas clases.

NORA. ¿De veras? Es posible. No sé nada. Pero no hablemos de negocios. ¡Son tan fastidiosos...! *(Sale el doctor Rank, que viene del despacho de Helmer.)*

RANK. *(Con la puerta entreabierta.)* No, no. No quiero molestarte. Voy a hablar un rato con tu mujer. *(Cierra la puerta y ve a la señora Linde.)* ¡Oh! ¡Perdón! También estorbo aquí.

NORA. Al contrario. *(Presentándoles.)* El doctor Rank. La señora Linde.

RANK. Un nombre que se pronuncia con frecuencia en esta casa. Creo que la adelanté en la escalera al subir.

LINDE. Sí, subo muy despacio las escaleras.

RANK. ¿Cansancio?

LINDE. Más bien agotamiento.

RANK. ¡Ah, sí? ¿Y para reponerse viene usted a una ciudad en fiestas?

LINDE. Vine a buscar trabajo.

RANK. ¿Es remedio eficaz para el agotamiento por cansancio?

LINDE. Hay que vivir, doctor.

RANK. Sí, ésa es la opinión general; parece que es una cosa necesaria.

NORA. ¡Oh, doctor, estoy segura de que usted mismo desea vivir!

RANK. Mientras pueda, sí. Mísero como soy, quiero sufrir el mayor tiempo posible. Todos mis pacientes desean igual, y piensan igual también los enfermos morales. Precisamente acabo de dejar a uno en el despacho de Helmer; está en cura, porque hay también hospitales para ellos.

LINDE. *(En voz baja.)* ¡Ah!

NORA. ¿Qué quiere usted decir?

RANK. Sí; hablo del procurador Krogstad, un hombre a quien usted no conoce. Está podrido hasta la me-

dula de los huesos. Pues bien : también afirma, como si se tratara de algo muy importante, que necesita vivir.

NORA. ¿De veras? ¿De qué hablaba con Helmer?

RANK. Realmente no lo sé. Sólo he oído decir que se trataba de algo referente al Banco.

NORA. No sabía que Krog... que el señor Krogstad tuviera nada que ver con el Banco.

RANK. Sí, tiene un pequeño empleo. *(Dirigiéndose a la señora Linde.)* No sé si existe también entre ustedes una clase de hombres que se dedica a descubrir los podridos moralmente. Una vez descubiertos los ponen en observación, procurándoles tal o cual buen empleo. Los buenos no tienen que preocuparse más que de quedar excluídos.

LINDE. Hay que confesar que los enfermos morales son los que más cuidados necesitan.

RANK. *(Encogiéndose de hombros.)* Sí. Este modo de apreciar las cosas convierte la sociedad en hospital. *(Nora, que estaba preocupada, se echa de pronto a reír y se pone a aplaudir.)* ¿Por qué se ríe usted? ¿Sospecha usted acaso lo que es la sociedad?

NORA. ¿Qué me importa esa sociedad molesta? Me río de otra cosa..., de otra cosa muy divertida. Dígame usted, doctor : ¿todos los empleados del Banco dependerán en lo sucesivo de mi marido?

RANK. ¿Y eso la regocija tanto?

NORA. *(Sonriendo y tarareando.)* No haga caso. *(Se pasea por la habitación.)* Sí, es tan divertido, tan increíble que nosotros..., ¡que Torvaldo tenga ahora tanta influencia y sobre tanta gente... ! *(Sacando el cucurucho de almendras.)* Doctor, ¿quiere usted almendras?

RANK. ¡Cómo ! ¿Almendras? Creí que eran contrabando aquí.

NORA. Sí, pero éstas me las ha dado Cristina.

LINDE. ¿Yo?

NORA. ¡Vaya ! ¡Vaya ! ¡No te apures ! Tú no podías saber que Torvaldo me lo había prohibido. ¿Sabes por qué? Teme que se me estropeen los dientes. Pero por una vez no importa. ¿No es verdad, doctor? Tome usted. *(Le mete una almendra en la boca.)* Y tú también, Cristina. Yo comeré una muy chiquitita, o, a lo sumo, dos. *(Vuelve a pasearse por la habitación.)* Soy extraordinariamente feliz. Sólo hay una cosa en el mundo que me inspira vivísimo deseo...

RANK. Veamos qué es.

NORA. Es algo que me gustaría mucho decir delante de Torvaldo.

RANK. ¿Y por qué no lo dice?

NORA. No me atrevo. Es muy feo.

LINDE. ¿Muy feo?

RANK. En efecto, en ese caso, vale más abstenerse; pero a nosotros usted podría... ¿Qué tiene usted tantas ganas de decir delante de Helmer?

NORA. Tengo unos deseos locos de decir: ¡Recristo!

RANK. ¡Qué loca es usted!

LINDE. Pero, Nora...

RANK. Pues ya puede usted decírselo: ahí está.

NORA. *(Escondiendo las almendras.)* ¡Psit! ¡Psit! ¡Psit! *(Helmer llega de su despacho con el abrigo al brazo y el sombrero en la mano. Yendo a su encuentro.)* ¿Qué, querido Torvaldo, te has librado por fin?

HELM. Sí, acaba de marcharse.

NORA. Voy a presentarte. Es Cristina, que ha venido a la ciudad.

HELM. ¿Cristina?... Perdone usted... si de momento no recuerdo...

NORA. La señora Linde, querido, la señora Cristina Linde.

HELM. ¡Ah! ¡Muy bien! ¿Amiga de la infancia de mi mujer?

LINDE. Sí, nos conocimos en otro tiempo.

NORA. Y calcúla que ha hecho este viaje tan largo para hablarme.

HELM. ¿Cómo?

LINDE. No sólo para...

NORA. Mira, Cristina vale mucho para trabajar en una oficina, y, además, arde en deseos de estar a las órdenes de un hombre superior y de adquirir aún más experiencia.

HELM. Eso es muy razonable, señora.

NORA. Y cuando supo que habías sido elegido director del Banco (lo anunció un telegrama) se puso en seguida en camino. ¿Me complacerás, Torvaldo?... ¿Verdad que sí? Para dar gusto a tu mujercita, ¿harás algo por Cristina? ¿Eh?

HELM. Es fácil. ¿La señora es viuda?

LINDE. Sí.

HELM. ¿Y tiene usted hábito del trabajo de oficina?

LINDE. Sí, bastante.

HELM. Entonces es muy probable que pueda procurarle ocupación...

NORA. *(Aplaudiendo.)* ¡Ya ves!

HELM. Ha llegado usted en buen momento, señora.

LINDE. ¿Cómo agradecérselo?...

HELM. ¡Bah! No hablemos más del asunto. *(Se pone el abrigo.)* Pero hoy tendrá que perdonarme...

RANK. Espere; le acompaño. *(Va a buscar la piel para el cuello en el vestíbulo y vuelve a calentarla en la chimenea.)*

NORA. No te entretengas mucho, Torvaldo.

HELM. Una hora a lo sumo.

NORA. ¿Te vas también, Cristina?

LINDE *(Poniéndose el abrigo.)* Necesito buscar alojamiento...

HELM. Podemos ir juntos un rato.

NORA *(Ayudándola.)* Es lástima que estemos tan estrechos... Nos es realmente imposible...

LINDE ¿Quién piensa? Hasta la vista, querida Nora, y gracias.

NORA Hasta la vista. Esta noche volverás, ¿eh? Y usted también, doctor. ¿Cómo? ¿Que si se encuentra bien? ¿Cómo se entiende? ¡Abríguese bien! *(Se van hablando por la puerta principal. Se oyen voces de niños en la escalera.)* ¡Aquí están! ¡Aquí están! *(Corre para abrir. Entra Ana María con los niños.)* ¡Entrad! ¡Entrad! *(Se inclina y los besa.)* ¡Hijitos míos! ¡Mira, Cristina! Son muy guapos, ¿verdad?

RANK. No se queden ustedes en medio de la corriente del aire. *(El doctor Rank, Helmer y la señora Linde bajan por la escalera. Ana María entra en escena con los niños. Nora entra igualmente después de haber cerrado la puerta.)*

NORA. ¡Qué aspecto tan sano y tan fuerte tenéis! ¡Qué mejillas tan encendidas! Parecen manzanas y rosas. *(Los niños la hablan todos a la vez hasta el fin de la escena.)* ¿Os habéis divertido mucho? Muy bien. ¿De veras? Has llevado el trineo con Emmy y Bob. ¡No es posible! ¿Con las dos? ¡Ah! Eres un hombrecito muy fuerte, Ivar. Déjamela un momento, Ana María. ¡Mi muñequita querida! *(Coge a la menor y baila con ella.)* Sí, sí; mamá quiere bailar también con Bob. ¿Cómo? ¿Habéis hecho bolas de nieve? ¡Ah! ¡Cuánto me hubiera gustado estar allí! No, déjame, Ana María. Quiero desnudarla yo misma. ¡Déjala! ¡Es tan divertida...! Entra allá mientras esperas. Parece que estás helada. Tie-

nes café caliente en la cocina. *(La niñera sale por la derecha. Nora les quita a los niños los abrigos y los sombreros, y va dejándolos esparcidos por toda la habitación. Los niños siguen hablando.)* ¡No es posible! ¿Un perro muy grande ha corrido detrás de vosotros? Pero no mordía. No; los perros no muerden a los niños buenos como vosotros. Ivar, cuidadito con mirar esos paquetes. No, no; hay una cosa muy fea dentro. ¿Qué? ¿Queréis jugar? ¿A qué? ¿Al escondite? Sí, juguemos al escondite. Bob se esconderá primero. ¿Yo? Bueno, me esconderé yo. *(Nora y los niños comienzan a jugar, gritando y riendo en escena y en el cuarto de al lado. Por último, Nora se esconde debajo de la mesa. Los niños llegan corriendo y la buscan, sin encontrarla. Oyen una risa ahogada, se precipitan a la mesa, levantan el tapete y la ven. Gritos de alegría. Sale a gatas para asustarles. Nueva explosión de alegría. Entretanto han llamado a la puerta, sin que nadie haya oído. La puerta se entreabre y aparece Krogstad. Espera un momento. El juego continúa.)*

KROG. Perdone usted, señora Helmer...

NORA. *(Grita y se incorpora, poniéndose de rodillas.)* ¿Qué quiere usted?

KROG. La puerta estaba entornada. Alguien ha debido olvidarse de cerrarla.

NORA. *(Levantándose.)* Mi marido no está en casa, Krogstad.

KROG. Lo sé.

NORA. Entonces, ¿qué quiere usted?

KROG. Hablar dos palabras con usted.

NORA. ¿Conmigo? *(En voz baja, a los niños.)* Id con Ana María. ¿Qué?... No, este señor no quiere hacer daño a mamá. Cuando se vaya volveremos a jugar. *(Lleva a los niños al vestíbulo de la derecha y cierra la puerta después. Inquieta, agitada.)* ¿Quiere usted hablarme?

KROG. Sí.

NORA. ¿Hoy? Pero hoy no es primero de mes...

KROG. Estamos en vísperas de Navidad. De usted depende que la Navidad sea para usted alegre o triste.

NORA. ¿Qué desea usted? Hoy me será realmente imposible...

KROG. Hasta nuevo aviso, no hablaremos más de eso. Se

trata de otra cosa. ¿Puede usted escucharme un momento?

NORA. Sí..., sí..., a menos que...

KROG. Bien. Estaba sentado en el restaurant Olsen y he visto pasar a su esposo...

NORA. ¡Ah!

KROG. ... con una señora.

NORA. ¿Y qué?

KROG. ¿Acaba de llegar a la ciudad?

NORA. Sí, hoy.

KROG. ¿Es amiga suya?

NORA. Sí... ; pero no comprendo...

KROG. También yo la conocí en otro tiempo.

NORA. Lo sé.

KROG. ¿De veras? ¿Lo sabe usted? Ya me lo figuraba. Permítame usted que la pregunte si la señora Linde va a ser colocada en el Banco.

NORA. ¿Cómo se atreve usted a preguntarme, señor Krogstad? ¿Usted que es el subordinado de mi marido? Pero, ya que me pregunta, voy a contestarle. Sí ; la señora Linde será colocada en el Banco. Y lo será por mí, Krogstad. Ya lo sabe usted.

KROG. No me había equivocado.

NORA. *(Paseándose por la habitación.)* Se tiene influencia, cosa muy natural... Aunque sea mujer, puedo... Cuando se ocupa una posición inferior se ha de procurar, Krogstad, no molestar a quien...

KROG. Tiene influencia.

NORA. Eso es.

KROG. *(Cambiando de tono.)* Señora Helmer, ¿tendría usted la amabilidad de utilizar su influencia en mi favor?

NORA. ¿Cómo? ¿Qué significa eso?

KROG. ¿Quiere usted hacer que no salga del Banco?

NORA. ¿Qué dice usted? ¿Quién piensa en destituirle?

KROG. Es inútil fingir ignorancia. Comprendo muy bien que a su amiga no le guste encontrarme, y ahora sé por qué me han dado la cesantía.

NORA. Pero yo le aseguro...

KROG. Dos palabras : aun es tiempo. Le aconsejo que use usted toda su influencia para impedirlo.

NORA. Pero, señor Krogstad, si no tengo influencia alguna...

KROG. ¿Cómo? Hace poco decía usted que...

NORA. No me refería a esto. ¿Cómo puede usted creer que tenga semejante poder sobre mi marido?

KROG. ¡Bah! Conozco a su marido desde que fuimos condiscípulos. No creo que el señor director del Banco tenga más energía que otros maridos.

NORA. Si habla usted con desdén de mi marido le echo de casa.

KROG. La señora es muy valiente.

NORA. No le temo. Pasado Año Nuevo tardaré poco en verme libre de usted.

KROG. *(Dominándose.)* Oiga, señora: si es necesario, combatiré para conservar mi empleo como si fuese cuestión de vida o muerte.

NORA. Sí, eso parece.

KROG. No es por el sueldo. Eso poco me importa. Hay algo más; en fin, se lo voy a contar todo. Usted sabía, naturalmente, como todo el mundo, que cometí una imprudencia hace muchos años.

NORA. Me parece haber oído hablar de ello.

KROG. El asunto no se llevó a los tribunales. Pero por de pronto se me cerraron todos los caminos. Entonces comencé a trabajar en el negocio que usted conoce; había que encontrar algo, y puedo decir que no fuí peor que los demás. Ahora quiero dejarlo. Mis hijos crecen. Por ellos debo adquirir la mejor reputación posible. El empleo en el Banco era para mí el primer escalón. Y su marido quiere hacerme caer de nuevo en el barro.

NORA. Pero, por Dios, Krogstad, no está en mí el poderle ayudar.

KROG. Le falta voluntad, pero tengo medios para obligarla.

NORA. Supongo que no irá usted a decir a mi marido que le debo dinero.

KROG. ¿Y si lo hiciese?

NORA. Sería vergonzoso por su parte. *(Casi llorando.)* Ese secreto, que es mi orgullo y mi alegría, lo sabría de un modo tan villano... por usted. Me daría usted una serie de disgustos domésticos...

KROG. ¿No tendría usted mas que disgustos?

NORA. *(Vivamente.)* Y si no, pruébelo. Usted será el que sufrirá más. Mi marido verá entonces qué clase de hombre es usted, y puede uster tener la seguridad de que perderá su empleo.

KROG. Acabo de preguntarle si no son mas que disgustos domésticos los que usted teme...

NORA. Si mi marido lo sabe querrá pagar en el acto, y entonces nos veremos libres de usted.

KROG. *(Dando un paso hacia ella.)* Escuche usted, se-

ted, señora Helmer : o usted no tiene memoria o no sabe usted nada de negocios. Necesito enterarla.

NORA. ¿Cómo?

KROG. En la época de la enfermedad de su marido usted vino a pedirme mil doscientos escudos.

NORA. No conocía a nadie más.

KROG. Prometí encontrar la cantidad.

NORA. Y la encontró usted.

KROG. Prometí proporcionarle el dinero con ciertas condiciones. Pero estaba usted entonces tan preocupada con la enfermedad de su marido y tan apurada por tener el dinero del viaje, que no se fijó usted en los detalles. Por eso no estará de más recordárselos. Sí. Prometí encontrar el dinero garantizado por un recibo que redacté.

NORA. Y que yo firmé.

KROG. Sí, pero más abajo de su firma añadí algunas líneas por las cuales su padre daba su garantía. Estas líneas debía firmarlas él.

NORA. ¿Dice usted que debía? Las firmó.

KROG. Había puesto la fecha en blanco. Esto quería decir que su padre debía poner la fecha de la firma. ¿Recuerda usted?

NORA. Sí ; creo, en efecto, que...

KROG. Entonces le envié el recibo para que usted lo remitiera por correo a su padre. ¿Pasó así, sí o no?

NORA. Sí.

KROG. Y, naturalmente, usted lo hizo en seguida. Porque cinco o seis días después me devolvía usted la letra con la firma de su padre. Y entonces le entregué el dinero.

NORA. Sí. Pero ¿acaso no he hecho yo mis pagos con regularidad?

KROG. Casi siempre. Pero, volviendo a lo que decíamos antes... Debía usted estar muy apurada en aquel tiempo, señora.

NORA. Sí, es verdad.

KROG. Su padre estaba muy grave.

NORA. Moribundo.

KROG. ¿Murió poco después?

NORA. Sí.

KROG. Diga usted, señora Helmer : ¿se acuerda por casualidad de la fecha de la muerte de su padre?

NORA. Papá murió el 29 de septiembre.

KROG. Es verdad. Me informé después. Por eso no me explico *(Saca un papel del bolsillo.)* cierta particularidad...

NORA. ¿Qué particularidad? No sé...

KROG. Lo que hay de particular, señora, es que su padre firmó el recibo tres días después de muerto. *(Nora se calla.)* ¿Puede usted explicármelo? *(Nora sigue silenciosa.)* Es evidente también que las palabras de octubre y el año no son de letra de su padre, sino de una letra que creo conocer. En fin: esto puede explicarse. Su padre podía haberse olvidado de fechar la firma y alguien pudo haberlo hecho sin saber aún que había muerto. No hay gran perjuicio en ello. Lo esencial es la firma. ¿Está usted segura de que es auténtica, señora Helmer? ¿Fué su padre quien firmó?

NORA. *(Después de una pausa breve, levanta la cabeza y le mira con aire provocativo.)* No, no fué él. Fuí yo quien escribió el nombre de papá.

KROG. ¿Sabe usted, señora, que es una confesión peligrosa?

NORA. ¿Por qué? Dentro de poco tendrá usted su dinero.

KROG. Una pregunta. ¿Por qué no envió usted el documento a su padre?

NORA. Era imposible. ¡Papá estaba tan enfermo...! Al pedirle la firma hubiera tenido que explicarle para qué quería el dinero. Pero en el estado de gravedad en que se hallaba no podía decirle que la vida de mi marido estaba amenazada. Era imposible.

KROG. En ese caso, valía más renunciar al viaje.

NORA. Imposible. Aquel viaje debía salvar la vida de mi esposo. No podía renunciar a él.

KROG. Pero ¿no comprendió usted que me engañaba?

NORA. No podía fijarme en eso. ¡Qué me importaba usted! Además, me era usted insoportable por la frialdad con que razonaba usted sabiendo que mi esposo estaba en peligro.

KROG. Señora Helmer, evidentemente usted no tiene idea de la falta que ha cometido. Sólo puedo decirla que el acto que causó la pérdida de toda mi situación social no era más criminal que éste.

NORA. ¿Usted? ¿Va usted a hacerme creer que arriesgó algo para salvar la vida a su mujer?

KROG. Las leyes no se preocupan de las causas.

NORA. Pues son las leyes malas.

KROG. Malas o no..., si enseño este papel a la justicia, con arreglo a esas leyes será usted juzgada.

NORA. No le creo. ¿Una hija no puede evitar a su padre moribundo inquietudes y angustias? ¿No tiene una mujer el derecho de salvar la vida a su marido? No

conozco a fondo las leyes, pero estoy segura de que ha de estar escrito en alguna parte que están permitidas estas cosas. ¿Y usted, que es abogado, no lo sabe? Me parece usted poco hábil como hombre de ley, señor Krogstad.

KROG. Tal vez. Pero me concederá usted que por lo menos entienda en asuntos como el que estamos tratando. Ahora haga lo que guste. Lo único que puedo decirle es que si me echan por segunda vez, usted me hará compañía. *(Saluda y vase.)*

NORA. *(Reflexiona un poco; después mueve la cabeza.)* ¡Bah! ¡Me ha querido asustar! Pero no soy tan tonta. *(Se pone a recoger los trajes de los niños, pero se detiene de pronto.)* Pero... ¡No! ¡Imposible! ¡Si yo lo he hecho por amor!

NIÑOS. *(Por la puerta de la derecha.)* Mamá, ¿se ha ido ese señor?

NORA. ¡Sí! ¡Sí! ¡Ya lo sé! Pero no habléis a nadie de ese señor. ¿Me oís? Ni a papá.

NIÑOS. No, mamá. ¿Quieres jugar ahora?

NORA. No, no. Ahora, no.

NIÑOS. Pero, mamá, si nos lo habías prometido.

NORA. No puedo. Idos. Tengo muchas cosas que hacer. Dejadme, pequeñitos. *(Los empuja suavemente y cierra la puerta. Se sienta en el sofá, coge un bordado, da algunos puntos, pero en seguida se interrumpe.)* No. *(Arroja el bordado, se levanta, va a la puerta de entrada y llama.)* Elena, tráeme el árbol. *(Se acerca a la mesa de la izquierda y abre un cajón.)* ¡No! ¡Es de todo punto imposible!

CRIAD. *(Trayendo el árbol de Navidad.)* ¿Dónde debo colocarlo?

NORA. Allí, en medio de la habitación.

CRIAD. ¿Quiere algo más la señora?

NORA. Gracias. Nada. *(Sale la criada después de haber dejado el árbol. Preparando el árbol de Navidad.)* Aquí hacen falta luces... y aquí flores... ¡Canalla! ¡Qué tonterías! No, no significa nada. El árbol de Navidad será hermoso. Voy a hacer lo que quieras, Torvaldo; bailaré por ti, cantar... *(Helmer entra con un rollo de papeles debajo del brazo.)* ¿Cómo? ¿Ya has vuelto?

HELM. Sí. ¿Vino alguien?

NORA. ¿Aquí? No.

HELM. Es raro. He visto a Krogstad saliendo de casa.

NORA. ¡Ah! Es verdad. Krogstad vino un momento.

HELM. Lo adivino en tu cara. Vino a pedirte que intercedieras por él.

NORA. Sí.

HELM. Y te ha dicho que lo hicieras como cosa tuya. Debías ocultarme que había venido. ¿No te lo ha pedido?

NORA. Sí, Torvaldo, pero...

HELM. ¡Nora! ¡Nora! ¿Por qué lo has hecho? ¡Hablar con ese hombre, prometerle algo, y después mentirme a mí!

NORA. ¿Mentir?

HELM. ¿No me has dicho que no ha venido nadie? *(Le amenaza con el dedo.)* Eso es lo que jamás debe hacer mi pajarillo cantor. Un pájaro cantor debe tener el pico puro para gorjear bien..., sin dar notas falsas. *(La coge por la cintura.)* ¿No es verdad? Sí... Ya lo sabía. *(La suelta.)* Y ahora, ni una palabra más sobre este asunto. *(Se sienta delante de la chimenea.)* ¡Qué bien se está aquí! *(Hojea sus papeles. Nora está entretenida en adornar el árbol. Pausa.)*

NORA. ¡Torvaldo!

HELM. ¿Qué?

NORA. Me alegra extraordinariamente la idea de ir pasado mañana al baile de trajes de los Stenberg.

HELM. Y yo siento extraordinaria curiosidad por conocer la sorpresa que nos preparas.

NORA. ¡Qué lástima!

HELM. ¿De qué?

NORA. No puedo encontrar un traje que valga la pena. Todos son absurdos e insignificantes.

HELM. ¡Con lo que nos sale ahora Norita!

NORA. *(Detrás de la silla, apoyándose en el respaldo.)* ¿Estás muy ocupado?

HELM. ¡Oh!

NORA. ¿Qué son esos papeles?

HELM. Asuntos del Banco.

NORA. ¿Ya?

HELM. Me he hecho entregar por los directores salientes un poder para cambiar lo que juzgue necesario en el personal y en la organización de las oficinas. Voy a emplear la semana de Navidad en este trabajo. Quiero que todo esté en orden para Año Nuevo.

NORA. Por eso el pobre Krogstad...

HELM. ¿Eh?

NORA. *(Acariciándole la cabeza.)* Si no estuvieras tan ocupado te pediría un gran favor, Torvaldo.

HELM. ¿Cuál es?

NORA. Nadie tiene tanto gusto como tú. ¡Me agradaría tanto quedar bien en el baile de trajes... ! Torvaldo, ¿no podrías ocuparte de mí y decidir mi traje?

HELM. ¡Vaya ! ¡Vaya ! La caprichosita pide socorro.

NORA. Sí, Torvaldo, no puedo decidirme sin ti.

HELM. ¡Bueno ! ¡Bueno ! Reflexionemos y encontraremos algo.

NORA. ¡Ah ! ¡Qué bueno eres ! *(Vuelve a trabajar en el árbol de Navidad. Pausa.)* ¡Qué buen efecto hacen estas flores ! Oye. Díme : ¿es realmente tan terrible lo que hizo Krogstad?

HELM. Ha cometido falsificaciones. ¿Comprendes lo que quiero decir?

NORA. ¿No lo hizo impulsado por la miseria?

HELM. Sí ; como muchos, obró por ligereza. No soy tan cruel que condene sin piedad a un hombre por un solo acto.

NORA. ¿No? ¿No es verdad, Torvaldo?

HELM. Más de uno pudo redimirse, moralmente, confesando su culpa y sufriendo la pena.

NORA. ¿La pena?...

HELM. Pero no fué éste el camino elegido por Krogstad. Quiso librarse con subterfugios y con astucia. Esto es lo que moralmente le perdió.

NORA. ¿Tú crees que...?

HELM. Creo que semejante sér, con la conciencia de su falta, debe mentir y disimular siempre. Tiene que llevar la máscara hasta en su propio hogar. Sí, delante de su mujer y de sus hijos. Y cuando se piensa en los hijos es espantoso.

NORA. ¿Por qué?

HELM. Porque semejante atmósfera de mentira lleva el contagio de principios malsanos a toda la vida de familia. Cada vez que los niños respiran absorben gérmenes del mal.

NORA. *(Acercándose a él.)* ¿Estás seguro?

HELM. Sí, querida mía. Como abogado, tuve ocasión de comprobarlo muchas veces. Casi todos los seres depravados precozmente tuvieron madres embusteras.

NORA. ¿Por qué precisamente madres?

HELM. Lo más frecuente es que suceda por las madres ; pero el padre influye, naturalmente, en el mismo sentido. Todos los abogados lo saben. A pesar de

esto, Krogstad, durante años, ha envenenado a sus propios hijos en su atmósfera de mentira y de disimulo. Por eso le llamo un hombre moralmente perdido. *(Tendiéndole los brazos.)* Y por eso mi gentil Norita debe prometerme no hablar más en su favor. Dame tu palabra. ¿Qué te pasa? Dame la mano. ¡Así! Es cosa resuelta. Te aseguro que me sería imposible trabajar con él. Siento materialmente un malestar físico junto a semejantes personas.

NORA. *(Retira la mano y va a colocarse al lado opuesto del árbol de Navidad.)* ¡Qué calor hace aquí! ¡Y yo que tengo tanto que trabajar!

HELM. *(Levantándose y reuniendo los papeles.)* Necesito examinar algo de esto antes de comer. Y después pensaré en tu traje. Tal vez también prepare algo para colgar del árbol en un sobre dorado. *(Poniendo la mano sobre la cabeza de ella.)* ¡Oh, mi querido pajarillo cantor! *(Entra en su despacho.)*

NORA. *(En voz baja, después de una pausa.)* ¡Oh! ¡No! ¡Eso no! Es imposible. Es necesario que sea imposible.

ANA. *(Desde la puerta de la derecha.)* Los niños quieren a toda costa venir a ver a su mamá.

NORA. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No les dejes venir aquí! ¡Quédate con ellos, Ana María!

ANA. Sí, señora.

NORA. *(Pálida de terror.)* ¡Depravar a mis hijos!... ¡Envenenar la casa! *(Levanta la frente.)* ¡No es verdad! ¡Es falso, tan seguro como que existo!

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. El árbol de Navidad, sin adornos ya, se halla en un rincón cerca del piano. El sombrero y el abrigo de Nora están echados sobre el sofá.

Nora, sola, va y viene agitadísima. Al fin se detiene ante el sofá y coge el abrigo.

NORA. *(Dejando el abrigo.)* ¡Alguien ha entrado! *(Va hacia la puerta. Escucha.)* No. No es nadie. No, no,

no será hoy, día de Navidad; tampoco será mañana; pero tal vez... *(Abre la puerta y mira hacia fuera.)* No, nada en el buzón. Está vacío. ¡Qué locura! Su amenaza no era seria. Eso no puede ocurrir. Tengo tres hijos. *(Ana María, trayendo una gran caja de cartón, entra por la puerta de la derecha.)*

ANA. Por fin encontré la caja con el traje.

NORA. Está bien. Ponla encima de la mesa.

ANA. *(Obedeciendo.)* Me parece que está bastante roto.

NORA. ¡De buena gana lo rompería en mil pedazos!

ANA. ¡Oh! ¡No! ¡Eso no! Puede arreglarse fácilmente con un poco de paciencia.

NORA. Sí; voy a suplicar a la señora Linde que venga a ayudarme.

ANA. ¿Salir otra vez? ¿Con este mal tiempo? La señora tendrá frío... Caerá enferma.

NORA. No sería lo peor que pudiera sucederme... ¿Cómo están los niños?

ANA. Los pobrecitos juegan con los regalos de Navidad; pero...

NORA. ¿Hablan mucho de mí?

ANA. Están tan acostumbrados a estar con mamá...

NORA. Sí, Ana María. Pero, mira, en lo futuro no podré estar tanto tiempo a su lado.

ANA. Los niños pequeños se acostumbran a todo.

NORA. ¿Lo crees? ¿Crees que olvidarían a su mamá si no volviera nunca?

ANA. ¡Dios nos libre! ¡Nunca!

NORA. Díme, Ana María: muchas veces me he preguntado una cosa. ¿Cómo te atreviste a confiar tu hija a personas extrañas?

ANA. No tenía más remedio si quería ser nodriza de Norita.

NORA. Sí; pero ¿qué te decidió?

ANA. ¡Se presentaba una colocación tan buena...! Era una suerte para la pobre muchacha que tuvo una desgracia. Porque el canalla no quiso hacer nada por mí.

NORA. La hija te debe haber olvidado.

ANA. Seguramente, no. Primero me escribió que había hecho su primera comunión y después que se había casado.

NORA. *(Abrazándola.)* ¡Mi viejecita Ana María, fuiste una madre buena para mí mientras fuí chiquita!

ANA. La pobrecita Nora no tenía más madre que yo.

NORA. Y si mis pequeños no me tuvieran a mí, bien sé

que tú... Esto es hablar por hablar. *(Abre la caja.)* Vé con ellos. Yo necesito... Ya verás qué hermosa estaré mañana.

ANA. Seguramente no habrá en todo el baile una señora tan guapa como usted. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

NORA. *(Abriendo la caja, pero apartándola en seguida.)* ¡Si me atreviera a salir... ! ¡Si estuviera segura de que nadie iba a venir... ! ¡Si supiera que no iba a pasar nada en casa entretanto... ! ¡Qué tontería ! ¡No vendrá nadie ! ¡Basta de vacilaciones ! ¡Cepillemos el abrigo ! ¡Los guantes buenos ! ¡Los guantes bonitos ! ¡Basta de cavilaciones ! Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. ¡Ah ! ¡Ya están ahí !... *(Se dirige a la puerta, pero permanece indecisa. La señora Linde entra, después de haber dejado el sombrero y el abrigo en el vestíbulo.)* ¡Ah ! ¿Eres tú, Cristina? ¿Vienes sola? ¿Es verdad?... Llegas a tiempo.

LINDE. Supe que habías estado en casa preguntando por mí.

NORA. Sí. Pasaba casualmente por allí. Quería rogarte que me ayudaras. Sentémonos en el sofá. Verás de qué se trata. Mañana habrá baile de trajes en el piso de abajo, en casa del cónsul Stenberg. Torvaldo quiere que me disfrace de pescadora napolitana y que baile una tarantela que aprendí en Capri.

LINDE. ¡Hola ! ¡Hola ! ¿Vas a dar un verdadero espectáculo?

NORA. Sí; Torvaldo lo quiere. Este es el traje. Torvaldo lo ha encargado. Pero está tan estropeado que realmente no sé si...

LINDE. Tiene fácil arreglo. Unicamente el adorno está descosido en algunos sitios. ¡Pronto ! ¡Hilo y aguja ! ¡Ah ! ¡Aquí tengo lo que me hace falta !

NORA. ¡Qué buena eres !

LINDE. *(Cosiendo.)* ¿De modo que vas a disfrazarte mañana, Nora? Bien. Vendré un momento a verte. ¡Ah ! Me había olvidado darte las gracias por la agradable velada de ayer.

NORA. *(Levantándose y atravesando la escena.)* Me parece que ayer no estábamos tan bien en el hogar como otras veces. Debiste venir antes a la ciudad, Cristina. Verdad es que Torvaldo posee el talento de hacer la casa agradable.

LINDE. Me parece que tú también eres digna hija de tu padre.

Pero, díme: ¿el doctor Rank está siempre tan abatido como ayer?

NORA. No. Ayer lo estaba más que de ordinario. El pobre padece una enfermedad terrible. Está enfermo de la medula. Su padre era un personaje repugnante. Mantenía queridas y... algo más podría decirse. Por eso su hijo resultó enfermizo desde la infancia.

LINDE. *(Dejando caer la labor.)* Pero, querida Nora, ¿quién te cuenta esas historias?

NORA. ¡Bah! Cuando se han tenido tres hijos... se reciben visitas de señores que saben algo de medicina y que cuentan muchas cosas.

LINDE. *(Cosiendo de nuevo. Pausa.)* ¿El doctor Rank viene todos los días aquí?

NORA. Todos los días; es el mejor amigo de Helmer desde su juventud y mío también. El doctor Rank puede decirse que es de la casa.

LINDE. Pero, díme: ¿es realmente sincero? Quiero decir... ¿No le gusta cumplimentar?

NORA. Al contrario. ¿Por qué me lo preguntas?

LINDE. Cuando me presentaste ayer aseguró que había oído muchas veces mi nombre aquí. Pero después observé que tu marido no tenía la menor idea de mí. ¿Cómo entonces pudo el doctor Rank...?

NORA. Tienes razón, Cristina. Torvaldo siente gran admiración por mí. Quiere que sea sólo para él, como dice. Al principio sentía celos sólo al oírme nombrar a uno de los seres queridos que me rodeaban en otro tiempo. Como es natural, dejé de hacerlo; pero con el doctor Rank hablo muchas veces. Le divierte escucharme.

LINDE. Oye, Nora. Bajo varios aspectos eres una niña. Yo tengo más edad y más experiencia que tú. Voy a darte un consejo con respecto al doctor Rank: debes acabar con esto.

NORA. ¿Acabar con qué?

LINDE. Con muchas cosas. Ayer me hablaste de un rico adorador que había de darte dinero...

NORA. Es verdad; pero, desgraciadamente, no existe.

LINDE. ¿Y qué más? ¿El doctor Rank es rico?

NORA. Sí; tiene fortuna.

LINDE. ¿Y familia?

NORA. A nadie. Pero...

LINDE. ¿Viene aquí todos los días?

NORA. Ya lo sabes.

LINDE. ¿Cómo es que un hombre como él puede cometer esta indelicadeza?

NORA. No te comprendo.

LINDE. No finjas, Nora. ¿Crees que no adivino a quién pediste prestados los mil doscientos escudos?

NORA. Pero ¿te has vuelto loca? ¿Puedes pensar realmente semejante tontería? ¡A un amigo que viene aquí todos los días! ¡Qué situación tan violenta sería!

LINDE. ¿De modo que no es él?

NORA. No, desde luego. No se me ocurrió ni un solo momento. Además, en aquella época no podía prestar dinero, porque no lo tenía. Fué después cuando heredó.

LINDE. Creo que fué una suerte para ti, querida Nora.

NORA. No. Nunca se me hubiera ocurrido pedir dinero al doctor Rank. No creas; estoy segura de que si se lo pidiese...

LINDE. Pero no lo harás.

NORA. No, naturalmente. No veo la necesidad. Pero estoy segura de que si hablase al doctor Rank...

LINDE. ¿A espaldas de tu marido?

NORA. Necesito salir de este asunto, que también se hizo a espaldas suyas. Esto tiene que acabar.

LINDE. Ya te lo decía ayer; pero...

NORA. *(Yendo y viniendo.)* Un hombre puede más fácilmente desenredar estos asuntos que una mujer...

LINDE. Si hablas del marido, sí.

NORA. ¡Bah!... ¡Bah! *(Se calla.)* Cuando se paga todo se devuelve el pagaré; ¿no es verdad?

LINDE. Naturalmente.

NORA. ¿Y se puede romper en mil pedazos y quemar el papel sucio y asqueroso?

LINDE. *(La mira fijamente, deja la labor y se levanta lentamente.)* Nora, tú me ocultas algo.

NORA. ¿Lo conoces en mi cara?

LINDE. Algo ha pasado desde ayer mañana... Nora, díme lo que es.

NORA. *(Volviéndose hacia ella.)* ¡Cristina! *(Escuchando.)* ¡Psit! Torvaldo ha vuelto. Pasa a la habitación de sus hijos. Torvaldo no puede sufrir que se cosa delante de él. Dí a Ana María que te ayude.

LINDE. *(Recogiendo la labor.)* Está bien; pero no me iré mientras no me hables francamente. *(Vase por la puerta de la derecha. Al mismo tiempo, Helmer entra por la del vestíbulo.)*

NORA. *(Yendo a su encuentro.)* ¡Con qué impaciencia te esperaba, querido Torvaldo!

HELM. ¿Estaba aquí la modista?...

NORA. No. Era Cristina. Me ayuda a arreglar el traje; ya verás qué efecto produzco.

HELM. Sí; tuve una excelente idea.

NORA. Una gran idea. Pero también yo soy buena complaciéndote.

HELM. *(Acariciándole la barbilla.)* ¿Buena? ¿Por complacer a tu marido? Vaya, vaya, locuela; ya sé yo que no era eso lo que querías decir. Pero no quiero entretenerte. Supongo que necesitarás ensayar.

NORA. ¿Y tú, vas a trabajar?

HELM. Sí. *(Enseñándole los papeles.)* Ya ves. He ido al Banco... *(Va a entrar en su despacho.)*

NORA. ¡Torvaldo!

HELM. *(Deteniéndose.)* ¿Qué?

NORA. Si la ardilla chiquitita te pidiera con insistencia un favor...

HELM. ¿Qué?

NORA. ¿Lo harías? ¡Dí!

HELM. Antes necesitaría saber de qué se trata.

NORA. Si quisieras ser bueno y cariñoso, la ardillita saltaría y haría toda clase de monerías.

HELM. Dí pronto.

NORA. La alondra gorjearía en todos los tonos.

HELM. La alondra no hace otra cosa.

NORA. Bailaría por ti como los silfos en noche de luna.

HELM. Nora... Supongo que no se trata de lo que me has hablado esta mañana.

NORA. *(Acercándose.)* Sí, Torvaldo... ¡Te lo suplico!

HELM. ¡Y te atreves a hablarme por segunda vez!

NORA. Sí, sí; tienes que consentir. Es necesario que Krogstad conserve su empleo en el Banco.

HELM. Querida Nora: destino esa plaza a la señora Linde.

NORA. Has hecho muy bien. No tienes mas que despedir a otro empleado en vez de Krogstad.

HELM. ¡Es una terquedad que pasa de la raya! Porque ayer diste una promesa irreflexiva quieres que hoy yo...

NORA. No es por eso, Torvaldo. Es por ti. Tú mismo dices que ese hombre escribe en los periódicos peores... Podría perjudicarte. Me da un miedo tan horrible que...

HELM. ¡Ah! Comprendo. Los recuerdos de otros tiempos te asustan.

NORA. ¿Qué quieres decir?

HELM. Piensas seguramente en tu padre.

NORA. Sí. Eso es. Recuerdo lo que esa gentuza escribió en los periódicos contra papá... y las calumnias que

lanzaron contra él. Creo que le habrían destituído si el ministerio no te hubiese enviado a hacer la inspección y si no hubieses sido tan benévolo con él.

HELM. Norita, hay una gran diferencia entre tu padre y yo. Tu padre no era un funcionario inatacable. Y yo lo soy y espero continuar siéndolo mientras desempeñe el cargo.

NORA. ¡Oh! ¿Quién sabe lo que los maldicientes pueden inventar? ¡Podríamos ser tan dichosos, tan felices en nuestro nido tranquilo tú, los niños y yo...! Por eso te lo suplico con tanta insistencia.

HELM. Precisamente porque le defiendes no puedo dejar de reemplazarle... Ya saben en el Banco que debo despedir a Krogstad. Si se supiera ahora que la mujer del nuevo director le hizo cambiar de opinión...

NORA. ¿Qué?

HELM. No; ¿qué importa con tal que hayas hecho triunfar un capricho tuyo? ¿Crees realmente que voy a ponerme en ridículo a los ojos de todo el personal? ¿Que crean que dependo de influencias ajenas? Ten la seguridad de que pronto tocaría las consecuencias. Y, además..., hay otra razón que imposibilita la permanencia en el Banco de Krogstad mientras yo sea director.

NORA. ¿Cuál?

HELM. Con su mancha moral... hubiera podido ser indulgente acaso...

NORA. ¿Verdad, Torvaldo?

HELM. Sobre todo, porque me dicen que es un buen empleado. Pero es un antiguo conocido, una de esas amistades de juventud, contraídas a la ligera, y que más tarde perjudican muchas veces en la vida. Para decirlo todo de una vez, nos tuteamos, y ese individuo carece de tacto hasta un extremo tal que no se oculta ante nadie ni por nada. Al contrario: se imagina que le da derecho a usar un tono familiar, y a cada momento está hablándome de tú. Te juro que me es muy desagradable. Haría intolerable mi situación en el Banco.

NORA. Torvaldo, tú no crees lo que dices.

HELM. Sí. ¿Por qué no?

NORA. Porque ésa sería una causa insignificante.

HELM. ¿Cómo? ¿Insignificante? ¿Crees que soy insignificante?

NORA. No; al contrario, querido Torvaldo, y por eso mismo...

HELM. Es igual. Dices que las razones que doy son insignificantes, y en ese caso el insignificante soy yo. ¿Insignificante? ¿De veras? Ya es hora de que esto acabe. *(Llamando.)* ¡Elena!

ORA. ¿Qué vas a hacer?

HELM. A tomar una decisión. *(Entra la criada.)* Tome usted esta carta. Vaya en seguida a buscar un mandadero que la entregue. ¡Pronto! Lleva la dirección. Tome dinero.

RIAD. Está bien, señor. *(Se va con la carta.)*

HELM. *(Recogiendo los papeles.)* ¡Ya está, señora testaruda!

ORA. *(Con voz apagada.)* ¿Qué carta es ésa?

HELM. La cesantía de Krogstad.

ORA. ¡Cógela, Torvaldo! ¡Aun es tiempo! ¡Oh, Torvaldo! Cógela. ¡Hazlo por mí, por ti, por los hijos! ¡Escúchame, Torvaldo! ¡Hazlo! ¡Tú no sabes lo que sufriremos todos!

HELM. Demasiado tarde.

ORA. Sí, demasiado tarde.

HELM. Querida Nora, te perdono esta angustia, aunque en el fondo sea una ofensa para mí. ¡Sí, lo es! ¿No es una ofensa creer que pueda temer la venganza de un picapleitos deshonrado? Pero te la perdono porque prueba el gran amor que me tienes. *(La abraza.)* Es preciso, adorada Nora. Suceda lo que suceda, en los momentos graves verás que tengo fuerza y valor y que sé asumir la responsabilidad de todo.

ORA. *(Asustada.)* ¿Qué quieres decir?

HELM. La responsabilidad de todo, te lo repito.

ORA. *(Con energía.)* ¡No! ¡Nunca! ¡No lo harás!

HELM. Bueno, la compartiremos entonces, Nora, como marido y mujer. Así debe ser. *(Acariciándola.)* ¿Estás contenta ahora? No me mires con ojos de paloma degollada. Todo eso son fantasías. Ahora debes ensayar la tarantela y ejercitarte en el tamboril. Yo me cerraré en el despacho y no oiré nada. Podrás hacer todo el ruido que quieras, y cuando venga Rank le dices dónde estoy. *(Entra en su despacho llevando los papeles y cierra la puerta por dentro.)*

ORA. *(A media voz, con angustia, quedando como petrificada en su sitio.)* Será capaz de hacerlo. Lo hará a pesar de todo. ¡Oh! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Antes cualquier cosa! ¡Socorro! ¡Un medio!... *(Llaman.)* ¡El doctor Rank! ¡Todo antes que eso! *(Se*

pasa la mano por la frente, procurando dominarse y va a abrir la puerta. Se ve al doctor Rank colgando el abrigo. Durante la escena siguiente se va haciendo de noche.) Buenos días, doctor. Le he conocido en la manera de llamar. No se puede entrar ahora en el despacho. Torvaldo está ocupado.

RANK. ¿Y usted?

NORA. *(Mientras él entra y ella cierra la puerta.)* Ya sabe que para usted siempre tengo un instante.

RANK. Gracias. Lo aprovecharé mientras pueda.

NORA. ¿Qué quiere usted decir? ¿Mientras pueda?

RANK. Sí. ¿La asusta?

NORA. La frase es extraña. ¿Qué puede suceder?

RANK. Lo que previne hace mucho tiempo. Pero no creí que llegara tan pronto.

NORA. *(Cogiéndole por el brazo.)* ¿Qué ocurre? ¿Qué le han dicho? Doctor, va usted a decírmelo.

RANK. *(Sentándose junto a la chimenea.)* Estoy al fin de viaje. Nada se puede hacer ya.

NORA. *(Tranquilizándose.)* ¿Se trata de usted?

RANK. ¿De quién, pues? ¿Para qué mentirme a mí mismo? Soy el peor de todos mis enfermos, señora Helmer. En estos días hice examen general de mi estado. Es la bancarrota. Tal vez dentro de un mes estaré pudriéndome en un cementerio.

NORA. ¡Oh, qué manera de hablar tan fea!

RANK. Es que el hecho en sí es endemoniadamente feo. Lo peor, sin embargo, son los horrores que han de precederle. Sólo me falta un examen. Una vez hecho sabré casi con seguridad cuándo empezará el desenlace. Deseo decirle una cosa: como Helmer siente por su naturaleza delicada aversión a todo lo repugnante, no quiero que venga a la cabecera de mi cama.

NORA. Pero, doctor...

RANK. No lo quiero. Bajo ningún pretexto. No le permitiré entrar. Cuando tenga la certeza de la catástrofe le enviaré mi tarjeta de visita marcada con una cruz negra. Entonces sabrán ustedes que ha comenzado el final espantoso.

NORA. No. Hoy está usted demasiado fúnebre. ¡Y yo deseaba tanto que estuviese usted de buen humor...

RANK. ¿Con la muerte delante de los ojos? ¿Y pagando por otros? ¿Es esto justicia? ¡Y pensar que en cada familia existe, en una forma o en otra, alguna liquidación de este género!

NORA. *(Tapándose los oídos.)* ¡Psit! ¡Estemos alegres! ¡Estemos alegres!

RANK. Sí, el caso es para reír. Mi espina dorsal, pobre inocente, debe sufrir por la vida alegre que llevó mi padre cuando era teniente.

NORA. Le gustaban mucho los espárragos y el *foiegras*, ¿no es verdad?

RANK. Sí; y las trufas.

NORA. ¡Ah, sí? ¿Y las ostras también?

RANK. Y las ostras, naturalmente.

NORA. Y todo bien regado con oporto y champagne... Es lástima que todas esas cosas ataquen a la espina dorsal.

RANK. Sobre todo, cuando atacan a una espina dorsal que no distrutó de ellas.

NORA. ¡Ah! Sí. Eso es lo más triste del caso.

RANK. *(Mirándola atentamente.)* ¡Eh!

NORA. *(Después de una pausa.)* ¿Por qué ha sonreído usted?

RANK. Es usted la que ha sonreído.

NORA. No, doctor; le juro que ha sido usted.

RANK. *(Levantándose.)* No creí que fuera usted tan burlona.

NORA. Hoy estoy en disposición de decir muchas tonterías.

RANK. Ya se ve.

NORA. *(Poniendo las manos sobre los hombros del doctor.)* Querido, querido doctor, no debe usted abandonarnos a Torvaldo y a mí.

RANK. Será una pena de la que pronto se consolarán. Los que se van son pronto olvidados.

NORA. *(Mirándole con inquietud.)* ¿Usted lo cree?

RANK. Se entablan nuevas relaciones, y entonces...

NORA. ¿Quién se creará nuevas relaciones?

RANK. Usted y Helmer. Los dos. Lo harán ustedes cuando me haya ido. Usted me parece que ya ha empezado. ¿Qué tenía que hacer aquí ayer la señora Linde?

NORA. ¡Ah!... ¿Va usted a tener celos de la pobre Cristina?

RANK. Sí. Los tengo. Me sucederá en la casa cuando llegue mi vencimiento. Esa persona...

NORA. ¡Psit! No hable tan alto. Está ahí al lado.

RANK. ¿Hoy también? Ya lo ve usted.

NORA. Sólo ha venido para arreglar mi traje. ¡Dios mío, qué ridículo es usted! *(Sentándose en el sofá.)* Ahora hay que ser razonable, doctor. Ya verá usted qué bien bailo mañana, y podrá usted asegurar que no lo hago mas que por usted, sí, por usted y por

Torvaldo, como es natural. *(Saca varios objetos de la caja de cartón.)* Doctor, venga a sentarse aquí, que voy a enseñarle varias cosas.

RANK. *(Sentándose.)* ¿Qué?

NORA. Mire usted... ¡Fíjese!

RANK. Bajos de seda.

NORA. Color de carne. ¡Qué bonito! Ahora está muy oscuro; pero mañana... No, no, no. Usted no debe ver mas que la planta de los pies. Pero, sin embargo, si viera usted un pooc más arriba...

RANK. ¡Hola!

NORA. ¿Por qué tiene usted ese aire de duda? ¿No cree usted que me sentarán bien?

RANK. No tengo nada en que fundar mi opinión.

NORA. *(Mirándole un momento.)* ¡Ah! ¡Qué malo es usted! *(Dándole un golpe suave en el oído con los bajos.)* Eso es lo que usted se merece. *(Vuelve a guardarlos en la caja de cartón.)*

RANK. ¿Qué maravillas me faltan por ver?

NORA. No verá usted nada, porque no es usted prudente. *(Busca entre los objetos tarareando.)*

RANK. *(Después de una pausa.)* Cuando estoy a su lado, familiarmente, no puedo comprender... No, no comprendo lo que hubiera sido de mí si no hubiese venido nunca a esta casa.

NORA. *(Sonriendo.)* Creo, en efecto, que, en resumidas cuentas, no está a gusto mas que en casa.

RANK. *(Bajando la voz y mirando fijamente al techo.)* ¡Y tenerlo que dejar!

NORA. ¡Tonterías! ¡Usted no dejará nada!

RANK. *(Igual que antes.)* Y no dejar ni un agradecimiento siquiera..., apenas un dolor pasajero..., nada más que un lugar vacío que podrá llenar el primero que llegue...

NORA. ¿Y si le pidiera a usted...? No...

RANK. Si me pidiera usted... ¿qué?

NORA. Una prueba de cariño.

RANK. ¡Ah! ¿Qué?

NORA. Quiero decir un gran servicio.

RANK. ¿Querrá usted darme, aunque no sea mas que una sola vez, esta gran alegría?

NORA. Sí. Pero usted no sabe de qué se trata.

RANK. ¡Vaya! ¡Dígamelo usted!

NORA. No. No puedo, doctor. Es tan grave... Es a la vez un consejo, un auxilio y un favor...

RANK. Tanto mejor. No adivino lo que pueda ser. Pero hable usted. ¿No tengo su confianza?

NORA. Como nadie. Ya sabe usted que es mi mejor amigo, mi amigo más fiel. Por eso quiero decírselo todo. Pues bien, doctor: hay algo que me conviene evitar. Ya sabe usted lo que Torvaldo me ama y no vacilaría un momento en dar su vida por mí.

RANK. *(Acercándose a ella.)* Nora, ¿cree usted que sea el único?

NORA. *(Con un movimiento instintivo de retroceso.)* ¿Cómo?

RANK. El único que daría su vida alegremente por usted.

NORA. *(Tristemente.)* ¿De veras?

RANK. Había jurado que usted lo sabría antes de que me fuera para siempre. No podía encontrar mejor ocasión. Sí, Nora, ya lo sabe usted. Esto quiere decir que puede confiar en mí más que en nadie.

NORA. *(Levantándose serena y tranquilamente.)* Déjeme pasar.

RANK. *(Dejándola paso, pero continuando sentado.)* ¡Nora!

NORA. *(Junto a la puerta de entrada.)* Elena, trae la lámpara. *(Dirigiéndose a la chimenea.)* ¡Oh, doctor, qué mal ha hecho usted!

RANK. ¿Hice mal en amarla profundamente, cuanto me ha sido posible?

NORA. No; pero en haberlo dicho, sí. Ya era bastante con que...

RANK. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que lo sabía usted? *(La criada entra con la lámpara, que pone sobre la mesa; después sale.)* Nora..., señora Helmer, la pregunto si lo sabía.

NORA. ¿Qué sé yo?... No puedo, realmente, decírselo. ¿Cómo fué usted tan torpe, doctor? Todo iba tan bien...

RANK. Bueno; ahora tiene la seguridad de que puede disponer de mí en cuerpo y alma. Hable usted.

NORA. *(Mirándole.)* ¿Después de lo que acaba usted de decir?

RANK. Se lo suplico. Dígame de qué se trata.

NORA. Se acabó. No sabrá usted nada.

RANK. ¡Sí! ¡Sí! No me castigue así. Déjeme usted que la ayude cuanto me sea posible.

NORA. Ahora ya no puede usted ayudarme en nada... Además, ya no necesito a nadie. No eran mas que fantasías, nada más. Es evidente. *(Se sienta en la mecedora y le mira sonriendo.)* Si verdaderamente es usted un caballero, doctor Rank, ¿no le da a usted vergüenza ahora que la lámpara está encendida?

RANK. A decir verdad, no. Pero debo partir para siempre.

NORA. ¿Por qué? Usted seguirá viviendo igual que antes.

Ya sabe usted que Torvaldo no puede vivir sin usted.

RANK. Sí; ¿y usted?

NORA. ¿Yo? ¡Me parece todo tan alegre cuando usted llega... !

RANK. Eso precisamente me hizo equivocarme. ¡Es usted un enigma! A veces me ha parecido que tiene usted tanto gusto en estar conmigo como en estar con Helmer.

NORA. Sí, es verdad. Hay personas a quienes se ama y personas con quienes se está a gusto.

RANK. En eso tiene usted razón.

NORA. Cuando estaba en casa amaba a papá sobre todo. Pero mi mayor placer era bajar a escondidas al cuarto de las criadas, que no me reprendían nunca y que me contaban historias muy divertidas.

RANK. ¡Ah! ¡Muy bien! ¿De manera que yo he reemplazado a las criadas?

NORA. *(Levantándose vivamente y yendo hacia él.)* No, mi querido doctor, no es eso lo que yo he querido decir. Pero usted puede comprender que son igual para mí Torvaldo que papá.

CRIAD. *(Viniendo del vestíbulo.)* ¡Señora! *(La habla al oído y la da una tarjeta.)*

NORA. *(Mirando la tarjeta.)* ¡Ah! *(La guarda en su bolsillo.)*

RANK. ¿Algo molesto?

NORA. No. Es... Es mi nuevo traje.

RANK. ¿Cómo? Pero su traje está ahí...

NORA. ¡Oh! Sí, éste, sí. Pero hay otro... Lo encargué yo... Torvaldo no debe saber nada.

RANK. ¡Ah! ¿Ese es el gran secreto?

NORA. ¡Claro está! ¡Entre pronto en su despacho! Está en la habitación del fondo. No le deje venir...

RANK. Esté usted tranquila. No se me escapará. *(Entra en el despacho de Helmer.)*

NORA. *(A la criada.)* ¿Espera en la cocina?

CRIAD. Sí; subió por la escalera de servicio...

NORA. ¿No le dijiste que había visita?

CRIAD. Sí, pero no hizo caso.

NORA. ¿No ha querido irse?

CRIAD. No, no se irá sin haber hablado con la señora.

NORA. Bueno. Que entre, pero sin que haga ruido. Elena, no se lo digas a nadie. Es una sorpresa para mi marido.

CRIAD. Sí, sí, ya comprendo... *(Vase.)*

NORA. ¡Lo horrible se acerca! Viene. No, no, no puede ser.

No debe ser. *(La criada hace entrar a Krogstad y cierra la puerta. Viene en traje de viaje, botas altas y gorra de abrigo. Yendo a su encuentro.)* Hable usted en voz baja. Mi marido está ahí.

KROG. Es posible.

NORA. ¿Qué quiere usted?

KROG. Un informe.

NORA. ¡Hable pronto! ¿Cuál?

KROG. Sabe usted que he recibido mi cesantía.

NORA. No he podido impedirlo, señor Krogstad. Luché defendiendo su causa hasta el fin, pero nada he conseguido.

KROG. ¿Su marido siente tan poco amor por usted? Sabe lo que puede suceder y, sin embargo, se atreve a...

NORA. ¿Cómo puede usted imaginar que lo sepa?

KROG. Ya me figuraba yo que no. No se hubiera mostrado tan valeroso el bueno de Torvaldo Helmer.

NORA. Señor Krogstad, exijo que se respete a mi marido.

KROG. Ya lo creo. Se le respeta lo debido. Pero cuando la señora pone tanto empeño en ocultar el asunto me permito suponer que está mejor informada que ayer de la gravedad de lo que ha hecho.

NORA. Mejor informada que por usted.

KROG. En efecto, un picapleitos como yo...

NORA. ¿Qué me quiere usted?

KROG. Nada. Ver sencillamente cómo se encontraba usted. En todo el día no he dejado de pensar en usted. Se puede ser un usurero..., un picapleitos..., un..., en una palabra: un individuo como yo, y se puede tener corazón.

NORA. ¡Pruébelo usted! ¡Piense en mis hijos!

KROG. ¿Pensó su marido en los míos? Pero poco importa. Quería aconsejarla únicamente que no tomara las cosas por lo trágico. En primer lugar, no la denunciaré a usted.

NORA. ¿No? ¿Es verdad? Estaba segura.

KROG. Se puede muy bien terminar este asunto amistosamente. No es necesario que otros estén informados. Esto debe quedar entre los tres.

NORA. Mi marido no debe saber nunca...

KROG. ¿Cómo puede usted impedirlo? ¿Puede usted acaso pagar el resto?

NORA. No; en seguida, no.

KROG. ¿Ha encontrado usted tal vez medio de procurarse dinero estos días?

NORA. No. Ningún medio que quiera emplear.

KROG. Además, no le hubiera a usted servido para nada. Por ningún dinero le devolvería la firma.

NORA. Pero explíquese usted, entonces; ¿qué piensa usted hacer?

KROG. Quiero, sencillamente, guardarla, tenerla en mi poder. Ningún extraño lo sabrá nunca. Así, para el caso en que haya pensado tomar alguna resolución desesperada...

NORA. Ya he pensado.

KROG. ... O bien abandonarlo todo y huir...

NORA. Ya he pensado.

KROG. ... O hacer algo peor aún...

NORA. ¿Cómo puede usted saberlo?

KROG. ... Abandone usted esas ideas...

NORA. Pero ¿cómo puede usted saber que se me han ocurrido?

KROG. Casi todos las tenemos al principio. Yo las tuve como los demás. Pero a fe que faltó valor.

NORA. *(Con voz apagada.)* ¡A mí también!

KROG. *(Como si se sintiera aliviado de un peso.)* ¿No es los demás. Pero a fe que me faltó valor.

NORA. Sí.

KROG. Además, sería una gran locura. Pasada la primera tempestad conyugal... Aquí en el bolsillo tengo una carta para su marido.

NORA. ¿Se lo cuenta usted todo?

KROG. Con las palabras más veladas que me ha sido posible emplear...

NORA. *(Con viveza.)* No debe ver esa carta. Rómpala usted. Encontraré el dinero.

KROG. Perdone usted, señora; pero creo haberla dicho hace poco...

NORA. No. No hablo del dinero que le debo. Dígame usted el dinero que pide a *mi* marido y se lo daré.

KROG. No pido dinero a su marido.

NORA. Pero entonces, ¿qué quiere usted?

KROG. Voy a decírselo. Quiero ascender, señora, quiero llegar, y su marido puede ayudarme. En año y medio no cometí ningún acto deshonroso; en ese tiempo he tenido que luchar contra terribles dificultades. Estaba contento avanzando paso a paso. Ahora me han echado, y ya no me contento con que me tomen por compasión. Le digo que quiero llegar. Quiero entrar de nuevo en el Banco en mejores condiciones que antes. Su marido puede crear un empleo para mí.

NORA. ¡Nunca lo hará!

KROG. Lo hará. Le conozco. No se atreverá ni a pestañear. Y después, ya verá usted. Antes de un año seré el brazo derecho del director. Será Nils Krogstad y no Torvaldo Helmer el que dirigirá el Banco.

NORA. Eso no sucederá nunca.

KROG. ¡Usted podría tal vez...!

NORA. Ahora tengo ya valor.

KROG. ¡Oh! No me asusta usted. Una señora tan delicada y tan distinguida como usted...

NORA. ¡Ya verá usted! ¡Ya verá usted!

KROG. ¿Bajo el hielo, quizás? ¿En el abismo húmedo, sombrío y frío? Y en primavera volver a la superficie, desfigurada, desconocida, calva...

NORA. No me asusta usted.

KROG. Ni usted. Eso no se hace, señora Helmer. Y, además, ¿para qué? Seguiría teniendo su firma en el bolsillo.

NORA. ¿Y cuando yo no exista?

KROG. Olvida usted que en ese caso su fama estará igualmente entre mis manos. *(Nora le mira con sorpresa.)* Bueno. Ya está usted prevenida. ¡No haga usted tonterías! Cuando Helmer reciba mi carta esperaré la contestación. Y recuerde usted que fué su marido el que me obligó a dar este paso. Eso no se lo perdonaré nunca. Adiós, señora. *(Vase.)*

NORA. *(Entreabriendo con precaución la puerta del vestíbulo y escuchando.)* Se ha ido. No le entregará la carta. No. No. Es imposible. *(Abre la puerta un poco más.)* ¿Qué hace? Se para. Reflexiona. ¿Irá acaso a...? *(Se oyen los pasos de Krogstad, que se aleja después de haber echado la carta en el buzón. Nora reprime un grito y baja corriendo la escena hasta la mesa que está cerca del sofá. Pausa.)* ¡Está en el buzón! *(Va de puntillas a la puerta de la antecámara.)* ¡Allí está! ¡Torvaldo, Torvaldo, ahora sí que estamos perdidos!

LINDE. *(Entra por la puerta de la derecha trayendo el traje.)* He hecho todo lo que he podido. ¿Quieres probar?

NORA. *(En voz baja, con angustia.)* Cristina, ven.

LINDE. *(Arrojando el traje en el sofá.)* ¿Qué te pasa? ¿Estás alterada?

NORA. Ven. ¿Ves esta carta? ¿Esta, a través de la boca del buzón?

LINDE. Sí, la veo.

NORA. Es de Krogstad.

LINDE. ¡Nora! ¿Te prestó Krogstad el dinero?

NORA. Sí. Y ahora Torvaldo lo sabrá todo.

LINDE. Créeme, Nora: es lo mejor para los dos.

NORA. No lo sabes todo: falsifiqué una firma.

LINDE. ¡Dios mío! ¿Qué dices?

NORA. ¡Oye, Cristina! Oye lo que voy a decirte: necesito que me sirvas de testigo.

LINDE. ¿Testigo? ¿De qué?

NORA. Si me volviera loca..., lo cual puede suceder...

LINDE. ¡Nora!

NORA. O si ocurriera algo... y no estuviera aquí para...

LINDE. ¡Nora! ¡Nora! Estás loca.

NORA. Si alguien entonces quisiera cargar con la responsabilidad, con la responsabilidad de todo...; ¿comprendes?

LINDE. Sí. Pero ¿cómo puedes creerlo?

NORA. En ese caso debes atestiguar que es falso, Cristina. No estoy loca. Con mis cinco sentidos te digo: nadie más lo supo; lo hice yo sola, completamente sola. Acuérdate de esto.

LINDE. Está bien, me acordaré. Pero no comprendo todavía cómo...

NORA. ¡Ah! ¿Cómo podrías comprenderlo? Es un prodigio que va a realizarse.

LINDE. ¿Un prodigio?

NORA. Sí, un prodigio. ¡Pero es tan terrible...! Cristina, es menester que eso no suceda. No lo quiero a ningún precio.

LINDE. Voy a ir en seguida a hablar a Krogstad.

NORA. No vayas. Te contestaría mal.

LINDE. En otro tiempo hubiera hecho cualquier sacrificio para complacerme.

NORA. ¿El?

LINDE. ¿Dónde vive?

NORA. ¿Qué sé yo?... ¡Ah, sí! *(Busca en el bolsillo.)* Aquí hay una tarjeta suya. Pero la carta..., la carta...

HELM. *(Desde su despacho, llamando a la puerta de comunicación.)* ¡Nora!

NORA. *(Con angustia.)* ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

HELM. ¡Vaya! ¡Vaya! Tranquilízate. No podemos entrar. Has echado el cerrojo a la puerta. ¿Estás ensayando?

NORA. Sí, sí, ensayo. Ya verás qué bonita estaré.

LINDE. *(Después de haber mirado la tarjeta.)* Vive muy cerca de aquí. En la esquina.

NORA. Sí. Pero ¿para qué? Estamos perdidos. La carta está en el buzón.

LINDE. ¿Y tu marido tiene la llave?
NORA. Siempre.
LINDE. Krogstad puede reclamar la carta antes de que la lea. Puede encontrar un pretexto cualquiera.
NORA. Pero ésta es precisamente la hora en que Torvaldo acostumbra...
LINDE. ¡Entretenle! ¡Vé a su despacho! Vuelvo en seguida. *(Vase apresuradamente por la puerta del vestíbulo.)*
NORA. *(Acercándose a la puerta del despacho de Helmer, abriéndola y mirando.)* ¡Torvaldo!
HELM. *(Desde el despacho.)* Bueno. Ya se puede entrar, por fin, en casa. Ven, Rank, vamos a ver... *(Presentándose.)* Pero ¿qué es esto?
NORA. ¿Qué, querido Torvaldo?
HELM. Rank me había preparado para una gran escena con traje a propósito...
RANK. *(Presentándose.)* Así lo había comprendido. Por lo visto, me equivoqué.
NORA. Sí. Nadie me verá en todo mi esplendor hasta mañana.
HELM. Pero, querida Nora, parece que estás muy cansada. ¿Has ensayado el baile?
NORA. No, aun no he ensayado ni una sola vez.
HELM. No estaría de más que lo hicieras.
NORA. Sí, Torvaldo, es indispensable. Pero no puedo bailar sin ti. Me he olvidado.
HELM. ¡Vaya! Ensayaremos.
NORA. Sí. ¿Verdad? Al fin vas a ocuparte de mí, Torvaldo. ¿Me lo prometes? Estoy tan inquieta... Esa reunión a la que debemos ir... ¡Por esta noche, basta de negocios y de papeles! ¿Eh? ¿Quieres?
HELM. Te lo prometo. Esta noche estoy enteramente a tu disposición..., alondra chiquita. ¡Ah! Pero antes debo ver una cosa. *(Se dirige a la puerta del vestíbulo.)*
NORA. ¿Qué quieres hacer?
HELM. Ver si han venido cartas.
NORA. No, Torvaldo, no lo hagas.
HELM. ¿Por qué?
NORA. Torvaldo, te lo suplico... No hay...
HELM. Déjame verlo. *(Se dirige hacia la puerta.)*
NORA. *(Al piano toca los primeros compases de la tarantela.)*
HELM. ¡Hola!
NORA. No podré bailar mañana si no ensayo hoy contigo.

HELM. *(Yendo hacia ella.)* ¿Tienes realmente miedo, Norita?

NORA. ¡Sí! ¡Sí! Un miedo espantoso. Déjame ensayar en seguida: tenemos tiempo antes de sentarnos a la mesa. Siéntate, querido Torvaldo, y toca. Corrígeme, dame consejos, como sabes hacer.

HELM. Con mucho gusto, con muchísimo gusto, ya que lo quieres. *(Se sienta al piano.)*

NORA. *(Abre una caja, saca un tamboril y un mantón de colores abigarrados, se arregla en un abrir y cerrar de ojos y después, de un salto, se coloca en medio de la sala y grita.)* ¡Ea! ¡Toca! ¡Quiero bailar! *(Helmer toca, Nora baila y el doctor Rank se coloca detrás de Helmer y la sigue con la vista.)*

HELM. *(Tocando.)* Suavemente, suavemente.

NORA. ¡Imposible!

HELM. Menos prisa, Nora.

NORA. Al contrario: eso es lo que hace falta.

HELM. No, no, no está bien.

NORA. *(Riendo y agitando el tamboril.)* ¿Qué te decía yo?

RANK. Permíteme que me ponga al piano.

HELM. *(Levantándose.)* Con muchísimo gusto; así podré dirigirla mejor. *(Rank se sienta al piano y toca. Nora baila cada vez más locamente. Helmer, cerca de la chimenea, la dirige de vez en cuando una observación, que ella parece no oír. Sus cabellos se desatan y caen sobre sus hombros. Ella no se da cuenta y continúa. La señora Linde entra.)*

LINDE. *(Parándose, sorprendida.)* ¡Ah!

NORA. Llegas en plena locura, Cristina.

HELM. Pero, querida Nora, bailas como si en ello te fuera la vida.

NORA. Así es.

HELM. Basta, Rank. Es una locura. No toques más, te digo. *(El piano calla y Nora se para de pronto.)*

HELM. *(A Nora.)* Eso sí que no lo hubiera creído: has olvidado todo cuanto te había enseñado.

NORA. *(Arrojando el tamboril.)* Ya lo ves.

HELM. Veo que tienes gran necesidad de que te guíen.

NORA. Ya ves si lo necesito. ¿Me guiarás hasta el fin? ¿Me lo prometes, Torvaldo?

HELM. Puedes confiar.

NORA. Ni hoy ni mañana debes pensar en nada más que en mí, y no debes abrir ninguna carta... ni el buzón de las cartas.

HELM. ¡Bueno! Veo en ello aún el terror de ese hombre.

NORA. Sí, no te lo niego, algo hay de eso.

HELM. Nora, te lo conozco en los ojos. Hay ahí una carta suya para mí.

NORA. No sé. Creo que sí; pero es necesario que no leas nada de eso ahora. Ni una sombra debe interponerse entre nosotros mientras no acabe todo.

RANK. *(En voz baja, a Helmer.)* No hay que contrariarla.

HELM. *(Abrazándola por la cintura.)* Se hará como quiere la niña. Pero mañana..., cuando hayas bailado...

NORA. Serás libre.

CRIAD. *(Presentándose en la puerta de la derecha.)* La señora está servida.

NORA. Trae champagne, Elena.

CRIAD. Sí, señora. *(Vase.)*

HELM. ¡Hola! ¡Hola! Parece que vamos a estar de francachela.

NORA. Alegría y fiesta hasta mañana. *(Gritando a la criada.)* Y unas cuantas almendras, Elena, o si no, muchas; por una vez no importa.

HELM. *(Cogiéndola las manos.)* ¡Así! ¡Así! ¡Muy bien! No hay que tener miedo. Quiero que vuelvas a ser mi alondra chiquitita que gorjee como siempre.

NORA. Sí, Torvaldo, sí. Pero entra ahí un momento, y usted también, doctor. Tú, Cristina, me ayudarás a peinarme.

RANK. *(En voz baja, yendo hacia el comedor.)* Oye. Y todo esto... ¿no te hace suponer algo... extraordinario?

HELM. No, querido amigo. Es únicamente la angustia pueril de que te he hablado. *(Se van por la izquierda.)*

NORA. ¿Eh?

LINDE. Se fué al campo.

NORA. Lo conocí en tus ojos.

LINDE. Vuelve mañana por la noche. Le he dejado una carta.

NORA. No debiste hacerlo. No hay que impedir nada. En el fondo, es un gran placer esperar lo horrible.

LINDE. ¿Qué esperas?

NORA. No lo comprenderías. Vé con ellos. Voy al instante. *(Se queda un momento inmóvil, como para reconcentrarse en sí misma. Después mira el reloj.)* Son las cinco. Hasta media noche, siete horas. Después, veinticuatro horas hasta la media noche próxima. Entonces ya se habrá bailado la tarantela. Veinticuatro y siete, treinta y una. Me quedan treinta y una horas de vida.

HELM. *(Desde la puerta de la izquierda.)* Pero ¿qué le pasa a la alondra chiquitita?

NORA. *(Arrojándose en sus brazos.)* ¡Aquí está ya!

ACTO TERCERO

La misma decoración. Los muebles, mesas, sillas y sofá han sido llevados al centro de la habitación. La puerta del vestíbulo está abierta. Se oye música de baile en el piso superior.

La señora Linde, sentada cerca de la mesa, hojea distraídamente un libro. Procura leer, pero no consigue fijar el pensamiento. A veces echa una mirada a la puerta de entrada y escucha con atención.

LINDE. *(Mirando al reloj.)* No viene. Es muy temprano todavía. Con tal que... *(Escucha.)* ¡Ah! Es él. *(Sale al vestíbulo y abre suavemente la puerta; se oye subir por la escalera con precaución. En voz baja.)* Entre usted. Estoy sola.

KROG. *(Desde la puerta.)* Recibí su carta. ¿Qué quiere decir?

LINDE. Es absolutamente necesario que le hable.

KROG. ¿De veras? ¿Y es necesario que la entrevista se celebre aquí?

LINDE. No podía recibirle en mi casa. No tengo escalera de servicio. Venga usted. Aquí estaremos solos. Los Helmer están en el baile de los vecinos del segundo.

KROG. *(Entrando.)* ¡Hola! ¡Hola! ¿Los Helmer bailan esta noche? ¿De veras?

LINDE. ¿Qué tiene de particular?

KROG. Nada.

LINDE. Bueno, Krogstad, tenemos que hablar.

KROG. ¿Los dos? ¿Qué tenemos que decirnos?

LINDE. Muchas cosas.

KROG. No lo hubiera creído.

LINDE. Es que usted nunca me ha comprendido.

KROG. No era difícil de comprender; sucede todos los días: una mujer sin corazón abandona al hombre que la quiere cuando se presenta un partido más ventajoso.

LINDE. ¿Cree usted que no tengo corazón? ¿Cree usted que que no sufrí al romper?

KROG. ¿De veras?

LINDE. ¿Lo creyó usted realmente, Krogstad?

KROG. Si no hubiera sido así no me hubiese escrito como lo hizo.

LINDE. No podía hacer otra cosa. Queriendo romper, tenía la obligación de arrancar de su corazón todo lo que usted sentía por mí.

KROG. *(Frotándose las manos.)* ¡Ah! ¡Así es! Y en el fondo no era mas que una cuestión de dinero...

LINDE. No debe usted olvidar que entonces tenía madre y dos hermanos pequeños que mantener. No podíamos esperarle. Entonces usted no tenía mas que esperanzas muy remotas.

KROG. Sea; pero no tenía usted derecho a rechazarme por otro.

LINDE. No lo sé. A veces lo he dudado.

KROG. *(Bajando la voz.)* Cuando la perdí me pareció que el suelo me faltaba. Míreme usted: soy como un náufrago que se aferra a un leño.

LINDE. El puerto de salvación tal vez no esté lejos.

KROG. Estaba a la vista y vino usted a quitarme toda esperanza de llegar a él.

LINDE. Fué sin saberlo yo, Krogstad. Sólo hoy supe que le iba a sustituir en el Banco.

KROG. La creo porque me lo dice; pero ahora que lo sabe, ¿no renunciará usted?

LINDE. No; no le serviría de nada.

KROG. ¡Bah! Sin embargo, yo en su lugar lo haría.

LINDE. Aprendí a obrar razonablemente. La vida y la dura necesidad me lo enseñaron.

KROG. Y a mí la vida me enseñó a no fiarme de palabras.

LINDE. Y fué una buena lección. Pero ¿de los actos se fía usted?

KROG. ¿Qué quiere usted decir?

LINDE. Usted dijo que era un náufrago aferrado a un leño.

KROG. Tengo excelentes razones para hablar así.

LINDE. También yo soy como un náufrago aferrado a un leño: nadie a quien consagrarme, nadie que tenga necesidad de mí.

KROG. Usted lo quiso.

LINDE. No podía elegir.

KROG. ¿Qué quiere usted decir?

LINDE. ¿Y si los dos náufragos se dieran la mano? ¿Qué piensa usted, Krogstad?

KROG. ¿Qué quiere usted decir?

LINDE. ¿No es mejor reunirlos en un mismo leño?

KROG. ¡Cristina!

LINDE. ¿Qué razón cree usted que me conduce aquí?

KROG. ¿Ha pensado usted en mí?

LINDE. Necesito trabajar para soportar la existencia. En todos los días de mi vida, en cuanto abarca mi re-

cuerdo, he trabajado. Es mi mayor y mi única alegría. Ahora estoy sola en el mundo. Siento un abandono, un vacío espantoso. No pensar mas que en sí mismo destruye el encanto del trabajo. Sí, Krogstad; encuéntreme por qué y para qué trabajar.

KROG. No la creo; sólo veo en ello un orgullo de mujer que se exalta y quiere sacrificarse.

LINDE. ¿Me conoció usted jamás con exaltaciones?

KROG. ¿Padría usted hacer lo que dice? ¿Conoce usted todo mi pasado?

LINDE. Sí.

KROG. ¿Conoce usted mi reputación, lo que dicen de mí?

LINDE. Si no le entendí mal, usted dijo hace poco que yo hubiera podido salvarle.

KROG. Estoy seguro.

LINDE. ¿No puede reconstruirse el pasado?

KROG. ¡Cristina! ¿Ha reflexionado usted sobre lo que dice? Sí, en sus ojos leo que sí. ¿Tendrá usted, pues, valor?

LINDE. Necesito ser madre para alguien, y sus hijos necesitan una madre. Algo también nos impulsa al uno junto al otro. Tengo fe en lo que hay en el fondo de su alma, Krogstad... Con usted no tendré miedo de nada.

KROG. *(Cogiéndole las manos.)* Gracias, Cristina, gracias... Ahora se trata de reivindicarme a los ojos del mundo y sabré hacerlo. ¡Ah! Pero olvidaba...

LINDE. *(Escuchando.)* ¡Psit! ¡La tarantela! ¡Salga usted! ¡Salga usted pronto!

KROG. ¿Por qué?

LINDE. ¿Oye usted esa música? Cuando acabe el baile vendrán.

KROG. Entonces me voy. Tanto más cuanto que todo esto ha sido inútil. Usted ignora mi paso contra los Helmer.

LINDE. Se equivoca usted, Krogstad, lo conozco.

KROG. ¿Y tiene usted el valor de...?

LINDE. Sé a dónde puede llevar la desesperación a un hombre como usted...

KROG. ¡Oh! ¡Si pudiera rehacer mi vida...!

LINDE. Puede usted: su carta aun está en el buzón.

KROG. ¿Está usted segura?

LINDE. Lo sé; pero...

KROG. *(Mirándola de frente.)* ¿Esa es la explicación? Quería usted salvar a su amiga a todo trance. Más vale que lo confiese usted francamente. ¿Es verdad?

LINDE. Oiga usted, Krogstad: el que se ha vendido una vez para salvar a otro no vuelve a hacerlo.

KROG. Voy a reclamar mi carta.

LINDE. No.

KROG. Sí; es sencillo. Espero la llegada de Helmer y le digo que quiero rehacer mi carta..., que no trata mas que de mi cesantía..., que no le importa nada su lectura.

LINDE. No, Krogstad. Usted no pedirá la carta.

KROG. Pero, hablando francamente, ¿no me hizo usted venir para eso?

LINDE En el primer momento de alarma, sí. Pero han transcurrido veinticuatro horas y en ese tiempo he visto pasar aquí cosas increíbles. Es necesario que Helmer lo sepa todo. Ese misterio fatal debe disiparse. Tienen que explicarse. Basta de tapujos y de enredos.

KROG. Bueno, si usted carga con la responsabilidad... Pero hay algo que puedo hacer y que haré en seguida.

LINDE. *(Escuchando.)* ¡A prisa! ¡Váyase!... Acabó el baile: ya no estamos seguros.

KROG. La espero abajo.

LINDE. Bueno. Me acompañará usted hasta mi casa.

KROG. Nunca he sido tan dichoso como hoy. *(Vase por la puerta de entrada. La del vestíbulo queda abierta hasta el fin del acto.)*

LINDE. *(Arregla un poco la habitación y prepara el abrigo y el sombrero.)* ¡Qué porvenir! ¡Qué nueva perspectiva! Ya sé por quién trabajar, por quién vivir; ya tendré un hogar que dirigir. ¡Con qué afán trabajaré! *(Escuchando.)* ¡Ah! Ahí están. ¡Pronto, el abrigo! *(Coge el sombrero y el abrigo. Se oye la voz de Helmer y la de Nora; una llave gira y Helmer hace entrar a Nora casi por fuerza. Está ella en traje napolitano, envuelta en una especie de mantón; él, con frac y un dominó negro encima.)*

NORA. *(En la puerta, resistiendo.)* No, no, no. No quiero entrar. Quiero subir otra vez, no quiero retirarme tan temprano.

HELM. Vaya, querida Nora.

NORA. Te lo suplico, Torvaldo, te lo suplico. Una hora nada más.

HELM. Ni un segundo, monísima Norita. Ya sabes lo tratado. Vaya, entra; vas a coger frío ahí fuera. *(La hace entrar, a pesar de su resistencia.)*

LINDE. ¡Buenas noches!

NORA. ¡Cristina!

HELM. ¡Cómo! ¿La señora Linde? ¿Usted aquí, tan tarde?

LINDE. Perdóneme usted. ¡Tenía tantos deseos de ver a Nora con su lindo disfraz... !

NORA. ¿Me has esperado aquí mucho tiempo?

LINDE. Sí, vine desgraciadamente demasiado tarde. Tú habías subido ya y no me quise marchar sin verte.

HELM. *(Quitando el mantón a Nora.)* Pues mire usted. Me parece que vale la pena. Está hermosa, ¿no es verdad, señora Linde?

LINDE. De veras.

HELM. Maravillosamente hermosa, ¿no es verdad? Igual opinaban todos. Pero ¡qué testaruda es esta niñita mimada! ¿Querrá usted creerme? Casi he tenido que obligarla por fuerza a abandonar el baile.

NORA. ¡Ah!, ¡Torvaldo, te arrepentirás de no haberme concedido ni siquiera media hora más!

HELM. Ya lo oye usted, señora. Ha bailado la tarantela; ha tenido un éxito loco y merecido, aunque ha puesto tal vez demasiada naturalidad, quiero decir, algo más de lo que exigían las reglas estrictas del arte; pero, en fin, lo esencial es que ha tenido un éxito, un éxito colosal. ¿Debía dejarla allí después? Hubiera perdido parte del efecto. ¡Quia! Cogí el brazo de la linda muchachita de Capri (de mi muchachita caprichosa, podría decir), la hice dar la vuelta al salón, saludos a derecha y a izquierda, y, como dicen en las novelas, la sombra hermosa desapareció. Hay que poner siempre algo de efectismo en el desenlace, señora Linde, y esto es lo que no puedo hacer comprender a Nora. ¡Uf! ¡Qué calor hace aquí! *(Arroja el dominó en una silla y abre la puerta de su habitación.)* ¡Cómo! ¿No hay luz? ¡Ah! Es verdad. Con su permiso. *(Entra y enciende las bujías.)*

NORA. *(En voz muy baja, precipitadamente.)* ¿Qué?

LINDE. *(En voz baja.)* Le he hablado.

NORA. ¿Y qué?

LINDE. Nora... Hay que decírselo todo a tu marido.

NORA. *(Con voz agonizante.)* Ya lo sabía.

LINDE. No tienes nada que temer de Krogstad, pero debes hablarle.

NORA. No le hablaré.

LINDE. La carta hablará por ti.

NORA. Gracias, Cristina. Ya sé lo que debo hacer. ¡Psit!

HELM. *(Entrando.)* ¿Y qué, señora, la ha admirado usted ya?

LINDE. Sí; y ahora les deseo buenas noches.

HELM. ¿Ya? ¿Es de usted esta labor?

LINDE. *(Cogiendo la labor que le alarga el señor Helmer.)* Gracias. Ya me olvidaba.

HELM. ¿Hace usted punto de aguja?

LINDE. Sí.

HELM. Debía usted bordar.

LINDE. ¿De veras? ¿Por qué?

HELM. Es más bonito. Mire usted: así, con la mano izquierda, coge usted el bordado y maneja usted con la derecha la aguja, así. ¿Ve usted la curva que se forma, larga y ligera?... ¿Es verdad?

LINDE Es posible.

HELM Mientras que hacer punto de aguja no puede ser más feo. Fíjese usted: los brazos pegados al cuerpo..., las agujas yendo de arriba abajo y de abajo arriba...; hay algo de chino... ¡Qué champagne tan alegre nos han servido!

LINDE. Gracias, Nora, y no seas testaruda.

HELM. Bien dicho, señora Linde.

LINDE. Buenas noches, señor director.

HELM. *(Acompañándola hasta la puerta.)* Buenas noches. Buenas noches. Supongo que sabe usted el camino. Yo quisiera...; pero está tan cerca... *(Cuando se ha ido cierra la puerta y vuelve.)* ¡Muy bien! ¡Por fin se marchó! Es muy pesada esta mujer.

NORA. ¿Estás muy cansado, Torvaldo?

HELM. No; al contrario.

NORA. ¿Tienes sueño?

HELM. No; al revés, estoy desvelado. ¿Y tú? Parece que estás cansada y que tienes sueño.

NORA. Sí, estoy muy cansada. Ahora estoy segura de que dormiré en seguida.

HELM. Ya lo ves. Tenía razón no queriendo que permanecieras más tiempo allí.

NORA. Siempre tienes razón en todo lo que haces.

HELM. *(Besándola en la frente.)* La alondra empieza a hablar como un sér humano. Pero, oye. ¿Te has fijado qué alegre estaba Rank esta noche?

NORA. ¿De veras? No tuve ocasión de hablarle.

HELM. También yo hablé muy poco; pero hace mucho tiempo que no le veía de tan buen humor. *(La contempla un momento y después se acerca.)* ¡Ah! ¡Qué delicioso es regresar al hogar, estar solo contigo.... hermosa y embriagadora mujer!...

NORA. No me mires así, Torvaldo.

HELM. ¡Cómo no voy a mirar a mi tesoro más preciado! ¡Esta belleza que es mía, sólo mía, toda mía!

NORA. *(Colocándose al otro lado de la mesa.)* No debes hablarme así esta noche.

HELM. *(Siguiéndola.)* Tienes aún la tarantela en la sangre, por lo que veo. Y así estás más seductora. ¡Oye! Los invitados se van. *(En voz más baja.)* Nora, pronto todo callará en la casa.

NORA. Así lo espero.

HELM. ¿No es verdad, amada Nora? Cuando estamos en una reunión como esta noche, ¿sabes por qué te hablo tan poco, por qué estoy tan alejado de ti, contentándome con mirarte de vez en cuando de reojo? ¿Sabes por qué? Porque me complazco en imaginar que eres mi amor secreto, mi joven, mi misteriosa prometida, y que todos ignoran nuestro compromiso.

NORA Sí, sí, sí. Ya sé que todos tus pensamientos van a mí.

HELM Y al marcharnos, cuando echo el abrigo en tus hombros finos y juveniles, cuando cubro tu nuca maravillosa, me figuro que eres mi joven desposada, que acabamos de llegar de la boda, que por primera vez te conduzco a mi casa y que por fin vamos a estar solos..., yo solo contigo, mi belleza juvenil y temblorosa. En toda la noche no hice mas que suspirar por ti. Cuando te vi en la tarantela perseguir y provocar... sentí arder mi sangre, no podía contenerme y por eso te arrastré tan pronto...

NORA. ¡Vete, Torvaldo! Debes dejarme. No quiero.

HELM. ¿Qué dices? ¿Te burlas de mí, querida Nora? ¿Dices que no quieres? ¿No soy tu marido? *(Llaman a la puerta de entrada.)*

NORA. *(Temblando.)* ¿Has oído?

HELM. *(Pasando al vestíbulo.)* ¿Quién es?

RANK. *(Desde fuera.)* Soy yo. ¿Puedo entrar un momento?

HELM. *(De mal humor.)* ¿Qué quiere ése ahora? *(En voz alta.)* Espera. *(Va a abrir.)* Haces bien en no pasar por delante de casa sin llamar.

RANK. Me pareció oír tu voz y he querido entrar un momento. *(Echando una mirada en torno suyo.)* Este es el hogar tan querido, tan familiar. En él, felices, tenéis paz y bienestar.

HELM. Pues tú hace poco me parece que no te aburrías.

RANK. Me divertía extraordinariamente. ¿Y por qué no? ¿Por qué no gozar de todo? Al menos, tanto y por tanto tiempo como se pueda. El vino era exquisito...

HELM. Sobre todo, el champagne.
RANK. ¿Lo notaste también? Es increíble lo que he bebido.
NORA. Torvaldo también bebió mucho champagne esta noche.
RANK. ¿De veras?
NORA. Sí, y esto le hace ser muy divertido.
RANK. ¿Y por qué no pasar una velada agradable después de un día bien empleado?
HELM. ¿Bien empleado? Hoy, desgraciadamente, no me puedo vanagloriar de esto.
RANK. *(Pegándole en la espalda.)* ¡Pero yo sí me vanaglorio!
NORA. Doctor Rank, usted debe haber estudiado algún caso clínico hoy.
RANK. Sí.
HELM. ¡Hola! ¡Hola! ¡Nora la chiquitina hablando de casos clínicos!
NORA. ¿Y se le puede felicitar por el resultado?
RANK. Seguramente, sí.
NORA. ¿Un éxito?
RANK. El mayor para el enfermo tanto como para el médico: la seguridad.
NORA. *(Vivamente, queriendo adivinar.)* ¿La seguridad?
RANK. La seguridad absoluta. ¿No tenía después derecho a una velada alegre?
NORA. Sin duda alguna, doctor.
HELM. Esa es también mi opinión, con tal que mañana no te siente mal.
RANK. Todo se paga en la vida.
NORA. Doctor... A usted le deben gustar las máscaras...
RANK. Sí, sobre todo cuando usan trajes grotescos.
NORA. Oiga usted. ¿Qué traje llevaremos usted y yo cuando nos encontremos la vez próxima?
HELM. ¡Locuela! ¿Ya piensas en el próximo disfraz?
RANK. ¿Usted y yo? Voy a decirlo: usted, de mascota.
HELM. Muy bien; pero inventa un traje muy bonito de mascota.
RANK. Que tu mujer se presente tal como la vemos todos los días.
HELM. ¡Muy bien! Pero y tú ¿qué traje llevarás?
RANK. Yo, querido amigo, ya lo he decidido.
HELM. ¿Cuál?
RANK. En la próxima mascarada me presentaré invisible.
HELM. ¡Qué bromista!
RANK. Hay un gran sombrero... ¿No oíste hablar de un

sombrero que convierte en invisible? Se pone en la cabeza y nadie nos ve.

HELM. *(Conteniendo la risa.)* Sí, sí, tienes razón.

RANK. Pero olvido por completo a lo que vine. Helmer, dame un cigarro, uno de tus habanos maduros.

HELM. Con el mayor placer. *(Presentándole la caja.)*

RANK. *(Cogiendo un cigarro y cortándole la punta.)* Gracias.

NORA. *(Encendiendo un fósforo.)* Permítame que le ofrezca fuego.

RANK. Gracias. *(Ella acerca el fósforo y él enciende el habano.)* ¡Y ahora, adiós!

HELM. Adiós, adiós, mi querido amigo.

NORA. Que duerma usted bien, doctor Rank.

RANK. Le doy las gracias por su buen deseo.

NORA. Deséeme usted igual a mí.

RANK. ¿A usted? Bueno. Ya que usted lo desea, que duerma usted bien. Y gracias por el fuego. *(Los saluda con una inclinación de cabeza y vase.)*

HELM. *(En voz baja.)* Ha bebido de lo lindo.

NORA. *(Distraída.)* Tal vez... *(Helmer saca las llaves del bolsillo y va al vestíbulo.)*

NORA. Torvaldo, ¿qué vas a hacer?

HELM. Quiero vaciar el buzón. Debe estar lleno. No cabrían los periódicos mañana por la mañana.

NORA. ¿Quieres trabajar esta noche?

HELM. Ya sabes que no. ¿Qué es esto? Han andado en la cerradura...

NORA. ¿En la cerradura?

HELM. No hay duda. ¿Qué significa esto? No puedo creer que los criados... Hay un trozo de horquilla. Nora, es de una horquilla tuya.

NORA. *(Vivamente.)* Tal vez sean los niños...

HELM. Debías quitarles esa costumbre. ¡Vaya! ¡Bueno! Por fin se abrió. *(Saca lo que contiene el buzón y llama.)* ¡Elena!... ¡Elena! Apague la luz de la entrada. *(Entra y cierra la puerta del vestíbulo.)*

HELM. *(Con las cartas.)* Mira cuántas hay. *(Examina los sobres.)* ¿Qué es esto?

NORA. *(Desde la ventana.)* ¡Esta carta...! No, no, Torvaldo.

HELM. Dos tarjetas de visita... de Rank.

NORA. ¿Del doctor?

HELM. *(Mirándolas.)* Rank, doctor en Medicina. Estaban sobre las cartas... Las habrá echado al salir.

NORA. ¿Y hay algo escrito?

HELM. Una gran cruz encima del nombre. Mira. ¡Qué bro-

ma más pesada! Es como si comunicara su propia muerte.

NORA. Eso hace realmente.

HELM. ¿Cómo? ¿Qué sabes? ¿Te ha dicho algo?

NORA. Sí. Las tarjetas significan que se despide de nosotros para siempre. Quiere encerrarse y morir.

HELM. ¡Pobre amigo mío! Sabía que no le conservaría mucho tiempo. Pero no creí que fuera tan pronto. Va a ocultarse como animal herido.

NORA. Si ha de suceder, más vale que suceda sin hablar una palabra. ¿No es verdad, Torvaldo?

HELM. *(Paseando por la habitación.)* Era casi de la familia. No puedo acostumbrarme a la idea de no verle. Con sus sufrimientos, con su misantropía, constituía un fondo de sombra en el cuadro lleno de sol de nuestra felicidad. ¿Quién sabe si será mejor, al menos para él? *(Se calla.)* Y tal vez para nosotros también, Nora. Ahora debemos consagrarnos exclusivamente el uno al otro. *(La abraza.)* ¡Ah! ¡Amada mía! ¡Mujercita mía! ¡Nunca te abracé más fuertemente! ¡Nora, a veces quisiera verte amenazada por un peligro, para exponer mi vida, dar mi sangre, arriesgarlo todo, todo para protegerte!

NORA. *(Apartándose, con voz firme y resuelta.)* Ahora lee las cartas, Torvaldo.

HELM. No, no; esta noche, no... Quiero estar contigo, mi querida, mi querida mujercita.

NORA. ¿Con la idea de la muerte de tu amigo?

HELM. Tienes razón. Nos ha conmovido a los dos. Algo terrible se ha deslizado entre nosotros: la idea de la muerte y de la disolución. Debemos librarnos de ella. Y hasta entonces estaremos cada uno en nuestra habitación.

NORA. *(Abrazándole.)* ¡Buenas noches, Torvaldo, buenas noches!

HELM. *(Besándola en la frente.)* Buenas noches, pajarillo cantor. Descansa, Nora. Voy a leer las cartas. *(Pasa a su habitación, llevándose las cartas, y cierra la puerta.)*

NORA. *(A tientas, en torno suyo, con la mirada extraviada, coge el dominó de Helmer y se lo echa encima, diciendo con voz rápida, entrecortada y temblorosa.)* ¡No verle nunca más! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! *(Se pone el abrigo en la cabeza.)* Y los niños, no verles más tampoco a ellos. ¡Oh! El agua helada..., negra... Y ese abismo sin fondo..., sin fondo. ¡Ah!

¡Si ya hubiera sucedido... ! Ahora la coge, la lee. ..o, no, aun no. Adiós, Torvaldo, adiós a ti y a los ...os. *(Se precipita a la puerta de entrada. En el ...ismo momento Helmer abre violentamente la de ...u habitación y se presenta con una carta abierta en ...la mano.)*

HELM. ¡Nora!

NORA. *(Con un grito agudo.)* ¡Ay!

HELM. ¿Qué dices? ¿Sabes lo que dice esta carta?

NORA. Sí, lo sé. ¡Déjame partir! ¡Déjame ir!

HELM. *(Reteniéndola.)* ¿Dónde vas?

NORA. *(Queriendo desprenderse.)* No me salvarás, Torvaldo.

HELM. *(Retrocediendo.)* ¡Era verdad! ¿Decía verdad esta carta? ¡Qué horror! No, no. Es imposible. No puede ser.

NORA. Es la verdad. Te amé más que a nada en el mundo.

HELM. ¡Basta de tonterías!

NORA. *(Dando un paso hacia él.)* ¡Torvaldo!

HELM. ¡Desgraciada! ¿Qué te atreviste a hacer?

NORA. Déjame ir. No llevarás el peso de mi culpa, no responderás por mí.

HELM. ¡Basta de comedia! *(Cierra la puerta del vestíbulo.)* Te quedarás y me darás cuenta de tus actos. ¿Comprendes lo que has hecho? Dí, ¿lo comprendes?

NORA. *(Le mira con ironía creciente en la expresión y dice con voz apagada.)* Sí, ahora empiezo a comprender el fondo de las cosas.

HELM. *(Paseando nerviosamente por la habitación.)* ¡Qué terrible despertar!... ¡Ocho años!... ¡Ella, mi orgullo, mi alegría, una hipócrita, una embustera...; peor aún, una criminal! ¡Qué horrible fealdad hay en todo eso! ¡Qué horror! *(Nora, callada, continúa mirándole fijamente. Parándose delante de ella.)* Debí prever que sucedería algo de esto. Debí presentirlo. Con la fragilidad de principios de tu padre... Y tú heredaste esos principios. Sin religión, sin moral, sin ningún sentimiento del deber. ¡Oh! ¡Qué castigo sufro por haber querido correr un velo sobre su conducta! Por ti lo hice, y he ahí mi recompensa.

NORA. Sí, he ahí tu recompensa.

HELM. Ahora has destruído mi felicidad, has aniquilado mi porvenir. No puedo pensarlo sin estremecerme. Estoy en poder de un hombre sin escrúpulos; puede hacer de mí lo que quiera, pedirme lo que se le an-

toje, mandarme, manejarme a su capricho, sin que pueda desplegar los labios. Puedo ser reducido a la nada, hundido por la ligereza de una mujer.

NORA. Cuando haya dejado el mundo serás libre.

HELM. No. Nada de frases. Tu padre también tenía gran provisión de ellas. ¿De qué me serviría a mí que tú dejaras el mundo, como dices? De nada. A pesar de todo, podría él divulgar el hecho, y en este caso me creerían cómplice de tu acción criminal. Podrían creer que fuí el instigador, que fuí yo el que te obligó. Y todo esto te lo debo a ti, a ti, a quien he llevado en brazos a través de nuestra vida íntima. ¿Comprendes ahora lo que has hecho?

NORA. *(Con calma y serenidad.)* ¡Sí!

HELM. Todo esto es tan increíble que no me sé dar cuenta. Pero es preciso reflexionar. ¡Quítate el abrigo! ¡Te digo que te lo quites! Necesito contentarle en una forma o en otra. Se trata de enterrar el asunto, cueste lo que cueste. Y en nuestro hogar no debe haber cambio sensible. No se trata, claro está, mas que de las apariencias. Continuarás viviendo aquí, no hay duda. Pero no podrás educar a los niños..., no me atrevo a confiártelos. ¡Ah! ¡Tener que hablar así a la que amé tanto y a la que amo ahora mismo!... Pero todo esto pasó. Es preciso olvidarlo. En adelante, ya no existe felicidad posible. Se trata únicamente de salvar los restos, los despojos, las apariencias... *(Llaman a la puerta de entrada. Estremeciéndose.)* ¿Quién será? ¿Tan tarde? ¡Horror! ¿Sería acaso...? ¿Habría él...? ¡Escóndete, Nora! Dí que estás enferma. *(Nora no se mueve. Helmer va a abrir la puerta.)*

CRIAD. *(Medio vestida, en el vestíbulo.)* Una carta para la señora.

HELM. Démela usted. *(Coge la carta y cierra la puerta.)* Sí, es de él. No te la daré. Quiero leerla.

NORA. Lee.

HELM. *(Acercándose a la lámpara.)* Casi no me atrevo. Tal vez nos tenga cogidos al uno y al otro. No es necesario que lo sepa. *(Abre vivamente la carta, lee algunas líneas, examina un papel metido en el sobre y da un grito de alegría.)* ¡Nora! *(Nora le pregunta con la mirada.)* ¡Nora! ¡No, volvamos a leerla! Sí, eso es. ¡Estoy salvado! ¡Nora, estoy salvado!

NORA. ¿Y yo?

HELM. Tú también, claro está. Estamos salvados los dos. Mira. Te devuelve el recibo. Lamenta, dice se arrepiente... Un acontecimiento feliz que va a cambiar su existencia... ¡Ah! Poco importa lo que escribe. ¡Estamos salvados, Nora! Nadie puede ya perjudicarte. ¡Ah! Nora, Nora... No, destruyamos antes todos esos horrores. Voy a ver. *(Echa una ojeada al recibo.)* No, no quiero ver nada. Habrá sido una pesadilla; eso es. *(Rompe las dos cartas y el recibo, lo arroja todo a la chimenea y mira cómo arden los papeles.)* ¡Mira! ¡Todo ha desaparecido! Te escribía que desde la víspera de Navidad tú... ¡Oh! ¡Qué tres días de prueba debes haber pasado, Nora!

NORA. He sostenido una lucha violentísima en esos tres días.

HELM. Y te desesperabas. No veías otra salida que... No, no nos acordaremos de todos esos horrores. Festejaremos nuestra libertad, repitiendo sin cesar: se acabó, se acabó. Escúchame, pues, Nora. Me parece que no lo comprendes: se acabó. Pero ¿qué quiere decir esa seriedad? ¡Oh! Mi pobrecita Nora, comprendo... No crees que te he perdonado. Y, sin embargo, es verdad, Nora, te lo juro; todo lo he perdonado. Ya sé que lo que hiciste lo hiciste por amor mío.

NORA. Es verdad.

HELM. Me amaste como una mujer debe amar a su marido. Solamente te equivocaste en la elección de medios. Pero ¿crees que voy a amarte menos porque no sepas guiarte tú misma? No, no; apóyate en mí; encontrarás ayuda y dirección. No sería hombre si no fueras doblemente seductora a mis ojos por tu debilidad de mujer. Olvida las duras palabras que te he dicho en los primeros momentos de terror, cuando creía que todo iba a hundirse conmigo. Te he perdonado, Nora; te juro que te he perdonado.

NORA. Gracias por tu perdón. *(Vase por la puerta de la izquierda.)*

HELM. No, quédate. *(La sigue con los ojos.)* ¿Por qué te diriges a la alcoba?

NORA. *(Desde su alcoba.)* Para quitarme este traje de máscara.

HELM. *(Cerca de la puerta, que ha quedado entreabierta.)* Bueno, descansa; procura calmar tu espíritu, reponerte del susto, pajarito miedoso. Descansa tranquila; yo te protegeré bajo mis amplias alas. *(Pa-*

seándose, sin alejarse de la puerta.) ¡Qué tranquilo y encantador es nuestro hogar, Nora! Aquí estás segura. Te guardaré como paloma recogida, después de haberla arrancado sana y salva de las garras del milano. Sabré apaciguar tu pobre corazón que palpita. Poco a poco lo lograré; créeme, Nora. Mañana lo verás todo de distinta manera. Todo volverá a ser como fué. No necesitaré repetirte constantemente que te he perdonado. Tú misma lo comprenderás sin vacilar. ¿Cómo puedes suponer que te rechace o te dirija reproches? No sabes tú, Nora, lo que es, en verdad, el corazón del hombre. ¡Hay para el hombre tal necesidad, tal contentamiento en la conciencia cuando ha perdonado verdaderamente en el fondo del corazón... ! Es como una segunda posesión, como una creación nueva; no se ve solamente a la mujer en el sér perdonado, se ve también al hijo. Así me aparecerás en lo futuro, pobre criaturita extraviada, sin brújula. No temas nada, Nora. Sé siempre sincera conmigo y yo seré a la vez voluntad y conciencia para ti. ¡Cómo! ¿No te has acostado todavía? ¿Has vuelto a vestirte?

NORA. *(Que se ha puesto el traje de diario.)* Sí, Torvaldo; he vuelto a vestirme.

HELM. ¿Por qué a estas horas?

NORA. Esta noche no pienso dormir.

HELM. Pero, querida Nora...

NORA. *(Mirando el reloj.)* No es tarde todavía. Siéntate, Torvaldo; tenemos que hablar.

HELM. Nora, ¿qué significa esta seriedad?...

NORA. Siéntate. La entrevista será larga. Aun tenemos mucho que decirnos.

HELM. *(Sentándose enfrente de ella.)* Me asustas, Nora. No te comprendo.

NORA. Es verdad. No me comprendes, y tampoco yo te había comprendido..., hasta esta noche. No me interrumpas. Escucha lo que te digo.... Se trata de ajustar cuentas.

HELM. ¿Qué pretendes?

NORA. *(Después de una pausa.)* Ahora estamos frente a frente. ¿No te llama la atención una cosa?

HELM. ¿Qué quieres decir?

NORA. Hace ocho años que estamos casados. Reflexiona. ¿No es la primera vez que los dos, tal como somos, marido y mujer, hablamos juntos seriamente?

HELM. Seriamente, sí. ¿Qué quieres decir?

NORA. Ocho años han pasado..., y más aún, contando des-

de nuestro primer encuentro, y jamás hemos sostenido una conversación seria sobre un asunto grave.

HELM. ¿Debí acaso iniciarte en esas eternas preocupaciones que no hubieras podido desvanecer?

NORA. No hablo de preocupaciones. Quiero decir que nunca, sea por lo que fuere, hemos intentado ver juntos el fondo de las cosas.

HELM. Pero, querida Nora, ¿era ésa una ocupación para ti?

NORA. ¡Eso es! Nunca me has comprendido... Habéis sido injustos conmigo, Torvaldo. Papá, primero; después, tú.

HELM. Cómo? ¿Los dos? Pero ¿quién te amó como nosotros?

NORA. *(Moviendo la cabeza.)* Vosotros no me habéis amado nunca. Os ha parecido divertido estar en adoración ante mí. Eso es todo.

HELM. Pero, Nora, ¿qué quiere decir ese lenguaje?

NORA. Así es, Torvaldo. Cuando estaba con papá me exponía sus ideas, que yo compartía. Si pensaba otra cosa me lo callaba. Le hubiera disgustado. Me llamaba su muñequita y jugaba conmigo como jugaba yo con mis muñecos. Después vine a tu casa...

HELM. Hablas de nuestro matrimonio de un modo extraño.

NORA. *(En el mismo tono.)* Quise decir que de las manos de papá pasé a las tuyas. Todo te lo arreglaste a gusto tuyo y yo lo compartía, o bien fingía compartirlo, no recuerdo ahora bien; tal vez ni una cosa ni otra; unas veces, una, y otras veces, otra. Mirando hacia atrás, me parece que he vivido como viven los pobres..., al día. He vivido de las piruetas que hacía por ti, Torvaldo. Pero esto te agradaba. Tú y papá sois muy culpables respecto de mí. Vosotros tenéis la culpa si no sirvo para nada.

HELM. Eres absurda, Nora, absurda e ingrata. ¿No fuiste dichosa aquí?

NORA. No. Creí serlo, pero nunca lo fuí.

HELM. ¡Tú no has... tú no has sido dichosa!

NORA. No. Fuí alegre, nada más. Eras muy cariñoso conmigo, pero nuestra casa no fué mas que salón de fiesta. Fuí en tu hogar la mujer muñeca, como antes, en el hogar de papá, fuí la niña muñeca. Y nuestros hijos fueron también muñecas para mí. Me parecía a mí divertido que tú jugaras conmigo, como a ellos les parecía divertido que yo jugara con ellos. Así fué nuestra unión, Torvaldo.

HELM. Hay algo de verdad en lo que dices, aunque exage-

ras y añades demasiado. Pero en el porvenir todo cambiará. Acabó la hora de recreo y empieza la hora de la educación.

NORA. ¿La educación? ¿Cuál? ¿La mía o la de los niños?

HELM. Una y otra, querida Nora.

NORA. ¡Bah! No eres, Torvaldo, capaz de educarme para convertirme en una esposa como es debido.

HELM. ¿Y tú dices eso?

NORA. Igual que yo. Tampoco estoy preparada para educar a mis hijos...

HELM. ¡Nora!

NORA. ¿No decías hace poco que era una labor que no te atrevías a confiarme?

HELM. Lo dije en un momento de enojo. ¿Quieres ahora recordármelo?

NORA. No, por Dios. Pero tenías razón. Es una labor superior a mis fuerzas. Hay otra que debo realizar antes. Quiero educarme a mí misma. Tú no puedes facilitarme este trabajo. Lo debo emprender sola. Por eso quiero dejarte.

HELM. *(Levantándose de un salto.)* ¿Qué dices?

NORA. Necesito estar sola para darme cuenta de mí misma y de todo lo que me rodea. Así no puedo quedarme a tu lado.

HELM. ¡Nora! ¡Nora!

NORA. Voy a marcharme en seguida. Me refugiaré en casa de Cristina esta noche.

HELM. ¡Estás loca! No tienes derecho a irte. Te lo prohibo.

NORA. Ya no puedes prohibirme nada. Me llevo lo que es mío. De ti no quiero tener nada, ni ahora ni nunca.

HELM. ¿Qué significa esta locura?

NORA. Mañana partiré para mi casa; quiero decir para mi país natal... Allí encontraré fácilmente un medio de vivir.

HELM. ¡Estás ciega, pobre sér sin experiencia!

NORA. Ya procuraré crearme la experiencia, Torvaldo.

HELM. ¡Abandonar tu hogar, tu marido, tus hijos! ¿No piensas en lo que dirán?

NORA. No puede detenerme eso. Sólo sé que para mí es indispensable.

HELM. ¡Oh! ¡Es irritante! Vas a traicionar los deberes más sagrados.

NORA. ¿Qué consideras tú como deberes más sagrados?

HELM. ¿Necesito decírtelo? ¿No son los deberes hacia tu marido y tus hijos?

NORA. Tengo otros tan sagrados como esos.

HELM. No los tienes. ¿Cuáles?

NORA. Los deberes conmigo misma.

HELM. Ante todo eres esposa y madre.

NORA. No lo creo yo así. Ante todo soy sér humano, con igual derecho que tú, o, por lo menos, debo intentar serlo. Sé que la mayor parte de los hombres te darán la razón, Torvaldo, y que esas ideas andan impresas en libros. Pero yo no he de guiarme por lo que dicen los hombres ni por lo que imprimen en los libros. Necesito yo misma formarme mis ideas y procurar darme exacta cuenta de todo.

HELM. ¿Qué? ¿No te das cuenta de tu sitio en el hogar? ¿No tienes una guía infalible, la religión, para orientarte?

NORA. ¡Ay, Torvaldo! ¿Y si te dijera que no sé exactamente lo que es la religión?

HELM. ¿No sabes lo que es?

NORA. Respecto de ese particular no sé mas que lo que me dijo el pastor Hanser al prepararme para la confirmación: la religión es esto, la religión es lo otro. Cuando esté sola y libre estudiaré esta cuestión como tantas otras. Veré si el pastor decía la verdad, o, por lo menos, si lo que decía era verdad con relación a mí.

HELM. ¡Parece increíble que esto lo diga una joven! Pero si la religión no puede guiarte, deja al menos que sondee tu conciencia. Porque supongo que, por lo menos, posees sentido moral. ¿O tal vez careces de él? Contesta.

NORA. Mira, Torvaldo, me es difícil contestar. No sé nada. No puedo entender nada de eso. Sólo sé una cosa: que mis ideas difieren completamente de las tuyas. Acabo de comprender que las leyes no son lo que yo creía; pero lo que no me cabe en la cabeza es que esas leyes sean justas. ¡Una mujer no tiene derecho a evitar un disgusto a su anciano padre moribundo, ni a salvar la vida de su marido! Esto no puede hacerse.

HELM. Hablas cómo un niño. No comprendes nada de la sociedad de que formas parte.

NORA. No, no comprendo nada. Pero quiero averiguar quién tiene razón, si la sociedad o yo.

HELM. Estás enferma, Nora; tienes fiebre. Hasta llego a creer que has perdido la razón.

NORA. Me encuentro esta noche con más lucidez y más seguridad en mí misma que nunca.

HELM. ¿Y con esta seguridad y esta lucidez abandonas a tu marido y a tus hijos?

NORA. Sí.

HELM. Esto no tiene mas que una explicación.

NORA. ¿Cuál?

HELM. ¿No me amas ya?

NORA. Eso es; ése es el secreto de todo.

HELM. ¡Nora! ¡Y me lo dices así!...

NORA. Me da mucha pena, Torvaldo, porque siempre fuiste bueno para mí. Pero nada puedo hacer. Ya no te quiero.

HELM. *(Procurando dominarse.)* ¿De esto también estás absolutamente convencida?

NORA. Absolutamente. Y por eso no quiero permanecer aquí.

HELM. ¿Y puedes explicarme cómo perdí tu amor?

NORA. Sí. Fué esta noche cuando vi que no se realizaba el prodigio esperado. Entonces comprendí que no eras el hombre que imaginaba.

HELM. Explícate. No te comprendo.

NORA. Durante ocho años he esperado con paciencia. Ya sabía yo que los milagros no se realizan todos los días. Por fin llegó la hora de angustia. Entonces pensé con seguridad que iba a realizarse el milagro. Mientras la carta de Krogstad estuvo en el buzón no pensé ni por un momento que hubieras podido doblegarte a las exigencias de ese hombre. Creía firmemente que tú le dirías: «Vaya usted y publíquelo todo.» Y al realizarse esto...

HELM. ¿Creíste que entregaría mi mujer a la vergüenza y al desprecio público?...

NORA. Y cuando se hubiera realizado estaba completamente segura que ibas a presentarte a cargar con la responsabilidad y a decir: «Soy el culpable.»

HELM. ¡Nora!

NORA. Vas a decir que no hubiera aceptado este sacrificio. Claro está. Pero ¿qué hubiera significado mi afirmación enfrente de la tuya? ¡Sí! ¡Ese era el milagro que esperaba con terror! Y para impedirlo quería morir.

HELM. Con alegría, Nora, hubiera trabajado por ti noche y día. Todo lo hubiera sufrido a gusto: disgustos y preocupaciones. Pero nadie ofrece el honor al sér que ama.

NORA. Millares de mujeres lo han hecho.

HELM. Piensas como un niño y hablas igual que piensas.

NORA. Sea. Pero tú no piensas así y no hablas como el hombre al cual hubiera podido seguir. Una vez tranquilo, no sobre el peligro que corría yo, sino sobre el que pudieras correr tú mismo, lo olvidaste todo. Vuelvo a ser el pajarillo cantor, la muñeca que estabas dispuesto a llevar en brazos, como antes, con mayores precauciones, porque has tenido pruebas de su fragilidad. *(Levantándose.)* Escucha, Torvaldo. Desde aquel momento me parece que he vivido ocho años en esta casa con un extraño y que he tenido tres hijos... ¡No quiero ni pensarlo! ¡De buena gana me destrozaría yo misma en mil pedazos!

HELM. *(Con voz apagada.)* Ya veo que, desgraciadamente, un abismo nos separa. Pero díme, Nora, si hay algún medio de salvarlo.

NORA. Tal como soy, no puedo ser tu mujer.

HELM. Tendré fuerza de voluntad para transformarte.

NORA. Tal vez..., si te quitan la muñeca.

HELM. ¡Separarnos!... ¡Separarme de ti! No, no, Nora; no puedo acostumbrarme a esa idea.

NORA. *(Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.)* Razón de más para acabar cuanto antes. *(Sale y vuelve con sombrero y abrigo y un saquito de mano, que coloca sobre una silla cerca de la mesa.)*

HELM. Ahora no, Nora; ahora no. Espera a mañana.

NORA. *(Poniéndose el abrigo.)* No puedo pasar la noche en casa de una persona extraña.

HELM. ¿Y no podemos seguir viviendo juntos como hermano y hermana?

NORA. *(Sujetándose el sombrero.)* Demasiado sabes que no podría durar mucho. *(Echándose el chal sobre los hombros.)* Adiós, Torvaldo. No quiero ver a los niños. Sé que están en mejores manos que las mías. Tal como soy actualmente... no puedo ser para ellos una madre.

HELM. Pero algún día..., Nora..., algún día...

NORA. ¿Qué quieres que te conteste? No sé lo que será de mí.

HELM. Pero, suceda lo que suceda, siempre serás mi esposa.

NORA. Oye, Torvaldo: cuando una mujer abandona el domicilio conyugal, como yo lo hago hoy, las leyes, según me han dicho, desligan al marido de todo deber para con ella. En todo caso, yo te doy plena libertad. No necesitas considerarte ligado, como tampoco yo he de considerarme así. Libertad entera por ambas partes. Toma: tu anillo. Devuélveme el mío.

HELM. ¿También eso?
NORA. Sí.
HELM. Toma.
NORA. Gracias. Ahora todo acabó. Dejo las llaves allí. Por lo que respecta al manejo de la casa, la criada lo sabe..., lo sabe mejor que yo. Mañana, después de mi marcha, Cristina vendrá a arreglar en una maleta todo lo que traje al venir aquí. Quiero que me lo envíen.
HELM. ¡Todo acabó! ¿No querrás nunca ya pensar en mí?
NORA. Pensaré en ti con frecuencia, naturalmente, y en los niños y en la casa.
HELM. ¿Puedo escribirte, Nora?
NORA. ¡No! ¡Nunca! Te lo prohibo.
HELM. Pero yo podré enviarte...
NORA. Nada. Nada.
HELM. Ayudarte, si lo necesitas.
NORA. No. Te digo que no. No acepto nada de una persona extraña.
HELM. Nora... ¿No seré para ti nunca mas que una persona extraña?
NORA. *(Cogiendo el maletín.)* ¡Oh! Torvaldo, sería necesario para ello el mayor de los milagros...
HELM. ¿Cuál?
NORA. Sería necesario que los dos nos transformáramos en un grado tal... Pero, desgraciadamente, Torvaldo, ya no creo en los milagros.
HELM. Pues yo sí quiero creer. Dílo. Debíamos transformarnos en un grado tal que...
NORA. Que nuestra unión fuese un matrimonio verdadero. Adiós. *(Vase por la puerta de entrada.)*
HELM. *(Dejándose caer en una silla, cerca de la puerta, y cubriéndose el rostro con las manos.)* ¡Nora! ¡Nora! *(Levanta la frente y mira en torno suyo.)* ¡Se ha ido! ¡Se ha ido! *(Con esperanza naciente.)* ¿El mayor de los milagros? *(Se oye el ruido de la puerta de la casa, que se cierra.)*

TELÓN

JACINTO BENAVENTE

El suicidio de Lucerito

Estrenada en el teatro Alkázar, de Madrid, en la noche del 17 de julio de 1225.

REPARTO

MAÑOLITA.....	Srta. Lledó.
FERMINA.....	— Fontana.
ARCO IRIS.....	— Pinedo.
APOLINARIS.....	— Lajos.
MARQUÉS.....	Enrique Gandía.
MONTOYA	Eladio Cuevas.

ESCENA ÚNICA

La antealcoba de Lucerito Fernández, amueblada a gusto de todos, como toda la casa.

MANOLITA, FERMINA y la ARCO IRIS, que entra disparada, cubierta por un gran abrigo.

ARCO IRIS

Pero ¿cómo ha sido? Decidme. ¿Cómo ha sido? Vengo muerta. ¿Y esa pobre? ¿Ha muerto también? No, no me lo digáis. ¿Vive? ¿Se salvará? ¡Qué horror! ¡Qué espanto!

MANOLITA

Calla, calla. No quieras saber, no quieras saber.

FERMINA

Yo no podía creerlo. ¿Dónde, cómo lo has sabido?

ARCO IRIS

Figuraos: en el teatro. Me lo dijeron al acabar mi número. Ya lo sabían todos. Yo noté que algo pasaba; pregunté, pero no quisieron decirme nada. Es natural; temían que con la impresión no pudiera acabar mi número, como así hubiera sido. ¡Con lo que es para mí Lucerito! Todas lo sabéis: nos hemos criado juntas; nuestras madres, como hermanas; nosotras, lo mismo; íbamos a la misma academia; debutamos la misma noche... Pero ¿por qué ha sido? Si yo la vi la última vez hará unas cuatro noches...; eso es, cuatro noches. ¿No fué hace cuatro noches el estreno de *Las descamisadas?* Pues eso, en el estreno. Hablamos a la salida. Ella estaba..., bueno, con el otro. ¡Ya sabía yo que eso no podía acabar bien.

FERMINA

Lo sabíamos todas.

MANOLITA

Si se lo tenemos pronosticado: «Que ese hombre va a ser tu perdición; que tú no le conoces; que tú estás ciega; que tú estás loca...» Pero no servía decirla nada.

FERMINA

Eso nos pasa a todas; sólo que cuando les pasa a las otras lo vemos claro, y cuando le pasa a una no lo ve una aunque todos se lo digan a una. Es la condición de una; pero, vamos, que yo nunca creí que llegara a esto.

ARCO IRIS

¿Y qué ha tomado esa criatura? Dicen que sublimado.

MANOLITA

Doce pastillas.

ARCO IRIS

¡Qué horror! Yo que sólo me tomé seis de menta una vez para asustar a mi madre, que no me consentía las relaciones con Enrique, y tuve que ir a Cestona dos años. ¿Qué dicen los médicos? Porque habrán acudido muchos médicos. Ella conocía a tres o cuatro de los mejores, que iban mucho por el teatro.

MANOLITA

Sí. Ahí está el de la Casa de Socorro, que le avisaron en seguida; el médico de ella, que le avisó ella misma, por teléfono, antes de tomarse las pastillas, y el doctor Morillo, que está siempre en el teatro.

ARCO IRIS

¿Y qué dicen? ¿Creen que habrá remedio?

FERMINA

No sabemos; no han querido decirnos nada; nos han prohibido que entremos; nos han echado de la alcoba. Verdad que a ésta en cuanto entró la dió un accidente, y a mí poco menos. Es que era horrible verla retorcerse y oírla gritar: «¡Que me maten! ¡Que me maten, por Dios!»

ARCO IRIS

¡Qué espanto! Yo tampoco tendría valor para verla.

FERMINA

Ahora no se la oye y me da mucho miedo; tal vez esté acabando.

MANOLITA

Yo creo que no se salva.

ARCO IRIS

¡Doce pastillas! ¿Y ha sido por ese hombre? ¿Algún disgusto?

MANOLITA

Figúrate; que se enteró ayer de todo.

FERMINA

Ella que estaba tan contenta, tan creída de lo que le había dicho su hermana, y que el chiquillo era de Enrique; como

que ella iba a ser la madrina y se había gastado un dineral en la canastilla, y de pronto recibe un anónimo, que yo creo que se lo ha puesto su misma hermana...

ARCO IRIS

Seguro; esa Emilia es capaz de todo.

FERMINA

Y se enteró de que el chico es de Adalberto, que estaba en relaciones con él casi desde el mismo día que su hermana. Es para matarlos a todos.

ARCO IRIS

Eso, sí; pero no para querer matarse ella. Con lo ricamente que podía estar con el Marqués, que no molesta nada, que es una persona decente. ¿Qué más pudiera desear cualquiera?

FERMINA

Si es que todo lo que nos pasa a las mujeres nos está muy bien empleado.

ARCO IRIS

Oye, ¿y no ha venido nadie mas que vosotras?

MANOLITA

Sí, hija; figúrate. Estaba medio Madrid; pero no han dejado pasar mas que a los íntimos. El comedor está lleno de hombres; a las mujeres las han echado a todas menos a nosotras. Verdad es que cada una que venía era un espectáculo. Pero ¿no te asas de calor con el abrigo puesto? Esto está echando bombas. Han cargado la calefacción.

ARCO IRIS

Sí que hace calor; pero el caso es que como me dieron la noticia así, tan de pronto, no hice mas que echarme el abrigo encima y tomar un coche, y ni me había desnudado, y no traigo debajo más que un pijama del último cuplé de esta noche: «Los cigarrillos del amor.»

MANOLITA

Muy bonito por cierto. ¿De quién es la música?

ARCO IRIS

De un muchacho nuevo. Yo ya le he estrenado tres a cual más preciosos.

FERMINA

Pero quítate el abrigo mientras estamos solas.

ARCO IRIS

Sí, que me sofoco; pero avisarme si viene alguien, que no me vea así. ¡Qué vergüenza! *(Se quita el abrigo.)*

MANOLITA

¡Hija, qué bien estás!

FERMINA

¡Has adelgazado!

ARCO IRIS

¡A ver! ¡Estoy a régimen!

MANOLITA

Pues déjalo, ya que estás muy en punto; ni te sobra ni te falta.

FERMINA

Callad, que parece que llora.

MANOLITA

¡Ay! ¡No me asustes! Yo voy a ver si me dejan.

ARCO IRIS

No, calla. Si es la Apolinaris, que se pelea con Juanito Montoya.

FERMINA

Que no la dejarán entrar. Voy a ver.

MANOLITA

Pero, ¿tiene el valor de venir, después de lo que hizo con esta pobre la última vez que estuvieron juntas en Maravillas?

ARCO IRIS

No, pues a mí que no se me presente tampoco, que también tengo yo que arreglar una cuenta con ella; que ésta se trae unos manejos con la Prensa... Y bueno está que cada una se bombee como pueda, pero sin meterse con las demás que no nos metemos con ella; y lo que dijo de mí ese neutro de Arturito Sarabia fué porque ella le pagó como ella paga esas cosas: presentando amigas o amigos; que ya sabemos lo que es su casa: un todo a sesenta y cinco.

FERMINA

Pues aquí la tienes; pero ten prudencia.

ARCO IRIS

La que ella tenga; pero que no me busque. *(Entra la Apolinaris hecha un mar de lágrimas.)*

APOLINARIS

Pero ¿es que no puedo verla? ¿Es que no me van a deja entrar?

MANOLITA

Espera, mujer; ahora sólo tienen que hacer allí los méd cos, si es que pueden hacer algo.

APOLINARIS

Es que yo no quiero que se vaya de este mundo si pedirla perdón; que ella no sabe lo que yo la he queridc aunque ella no ha sido nunca para mí lo que yo he sido par ella, y se haya creído de cuatro envidiosas que le han id diciendo que yo he dicho de ella lo que yo no he dich nunca; y si algo he dicho alguna vez no ha sido nunca co la intención que ella se ha creído; que más de cuatro disgus tos he tenido por defenderla cuando alguien, delante de mí hablaba de ella lo que os consta a vosotras que hablaba tod el mundo; y yo no quiero que se muera sin saberlo; y si cre que la he ofendido en algo, que me perdone, que si no m va a quedar un reconcomio para toda la vida y me costara una enfermedad, podéis creerme; que todo el mundo se cre que yo soy de una manera, y soy de otra muy distinta; qu a mí no me conoce nadie más que yo, y Dios sabe lo que yc daría ahora por que no se muriera. Llevar hábito un año he ofrecido ahora mismo cuando venía; el hábito más raro que haya; que se rían de mí al verme hecha una facha por esas calles. Todo será no salir de casa en un año; pero que no se muera. ¡Pobre Lucerito! Que con todas sus cosas yo la he querido siempre. ¡Ay! Que ella no lo sabe, y yo quiero que lo sepa. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué desgraciada soy! ¡Pero qué desgraciada! ¡Que todo el mundo se cree que yo soy mala, y yo no soy mala, yo no soy mala! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! *(Le da un accidente.)*

FERMINA

Esto nos faltaba.

MANOLITA

Pues los ataques de ésta son para rato. Que venga uno de esos médicos.

FERMINA

Cualquiera los llama ahora. Te mandan a cualquier parte, y con razón. Bastante tienen que hacer allá adentro. Sujetarla vosotras. Y éste parece de verdad. Así puede que se le pase antes.

APOLINARIS

¡Ay, Lucerito de mi vida! ¡Ay, Lucerito de mi vida!

ARCO IRIS

Cualquiera que la oiga se creerá que estamos en una juerga flamenca. Esta Apolinaris hasta para sentir ha de hacer el ridículo.

APOLINARIS

(Levantándose de pronto.) Oye, tú, será más serio venir en pijama y con el colorete de escena.

ARCO IRIS

¡Ay! Es verdad, que estabas sin conocimiento.

APOLINARIS

Para conocerte a ti, con muy poco basta. Tú sí que no has sido nunca amiga de nadie, y tienes habladas pestes de Lucerito en todas partes, como de mí y de todas. Creerás que no lo sabemos; que ahora puede que hayas venido a ver si es que de verdad se muere.

ARCO IRIS

A mí no me dices tú eso; que más valía que miraras que ahí al lado está esa pobre moribunda; que si no ya te diría yo.

APOLINARIS

¿Qué vas a decir tú? Si de ti, cuando alguna queremos calumniarte, sólo podemos decir que alguna vez has tenido un poco de vergüenza.

ARCO IRIS

Pero ¿te has propuesto que demos aquí el escandalazo?

MANOLITA

¡Vamos, mujer!

FERMINA

Calla, tú, Apolinaris. Déjala, tú, Candelitas. Respetar a la que está ahí, y que puede que ya no esté en este mundo la pobre.

MANOLITA

¡Callarse! ¿Quién diréis que ha venido?

ARCO IRIS

¿Quién?

FERMINA

¡Adalberto! Pero ¡vamos!... ¡Habrá valor!... ¡Callarse! *(Se ponen todas a escuchar.)*

MANOLITA

¿Oís? ¡Pues no está llorando!... Claro, no le dejan en-

trar. ¡No faltaría más! Si ella lo ve, sólo de la impresión acaba. ¡Qué hombres!...

FERMINA

Déjate de los hombres. Nosotras, nosotras, que tenemos la culpa de todo, por creernos de ellos. Es decir, el caso es que no nos creemos de ninguno; pero para el caso como si nos creyéramos de todos. *(Entra Montoya.)*

MANOLITA

¿Qué ocurre? ¿Cómo está?

FERMINA

En las últimas, ¿verdad? ¡Traes una cara...!

MANOLITA

¿Ha concluído la pobre?

APOLINARIS

No me lo digas. No, no es posible sin que yo la vea, sin que yo la diga todo lo que tengo que decirla. ¡Déjame entrar, déjame!

MONTOYA

No os mováis de aquí, hacer el favor. Todavía no se han perdido las esperanzas.

MANOLITA

¡Ay! ¿De veras?

FERMINA

¿Qué dicen los médicos? ¿Qué crees tú?

MONTOYA

No dicen nada.

FERMINA

Oye, tú, ¿ha venido ése?

MONTOYA

¿Quién?

FERMINA

¿Quién ha de ser? Adalberto, el que tiene la culpa de todo.

MONTOYA

Sí, ahí está. Y el Marqués también ha venido.

MANOLITA

¿Y se han visto?

MONTOYA

No. Ya hemos tenido buen cuidado. Y eso es lo que ven- o a pediros, que entretengáis aquí al Marqués mientras hamos al otro. Voy a traérosle.

FERMINA

Descuida, que de aquí no sale.

MONTOYA

¡Qué jaleo! ¡Te digo que ni en un apartado! ¡Está la sa...! Aquí, vosotras; en el comedor, los periodistas y los tógrafos, que ya querían largar el fogonazo. Les hemos cho que esperen siquiera a que acabe. En el gabinete, la ente del teatro. En la escalera, toda la vecindad haciendo mentarios. Bueno, aquí os traigo al Marqués. ¡Pobre hom- e! Para mí que es el que más lo siente.

MANOLITA

¡Como que estaba chiflado por ella!

FERMINA

¡Y cuidado que esta Lucerito le ha hecho cosas! ¡Lo que o la tengo predicado!

MANOLITA

¡Y yo y mi madre, no se diga!

ARCO IRIS

¿Dónde he dejado yo mi abrigo? Que no me vea así el arqués.

MANOLITA

No sabe una qué decirle.

FERMINA

Lo mejor es no decirle nada.

APOLINARIS

Eso; demasiado lo sabe todo. *(Entra el Marqués.)*

MARQUÉS

¡Hola, hijitas! ¿Qué tal? ¿Habéis visto?...

MANOLITA

No le decimos a usted nada.

FERMINA

¿Qué vamos a decirle a usted? Que ha sido un numerito.

MARQUÉS

¡Qué locura de muchacha, qué locura!

MANOLITA

¡Calle usted, calle usted!

MARQUÉS

¡Y lo que dirá la gente! ¡Qué de disgustos!

FERMINA

De usted nadie puede decir la menor cosa.

APOLINARIS

Usted bien tranquilo puede estar, señor Marqués, todo el mundo sabe en Madrid lo que ha sido usted para e

FERMINA

¡Y si ella hubiera sido otra...! Es decir, otra puede hubiéramos hecho lo mismo; porque es que las mujeres mos como somos, no hay que darle vueltas. Tiene una bueno, y busca lo peor.

MARQUÉS

Es verdad, hijitas. Hay que tomaros así, o dejaros. veis esta desdichada.

ARCO IRIS

¡Calle usted, calle usted! ¡Con la suerte de haber d con una persona como usted! Yo se lo decía siempre.

FERMINA

Todas se lo decíamos.

MANOLITA

Todas. No hay otro como el Marqués.

FERMINA

Tú no sabes lo que tienes.

ARCO IRIS

Es un caballero, lo que se dice un caballero; que na sabe lo que es eso.

MARQUÉS

Gracias, hijitas, gracias. Me consoláis mucho. ¡Para desventurada, en cambio, qué poco he significado siemp De nada han servido mis sacrificios por elevarla, por e carla. Educarla, ésa es la palabra.

MANOLITA

Ella le ha querido a usted siempre.

FERMINA

Eso sí; para ella usted siempre ha sido el primero.

MARQUÉS

Sí, hijitas. El primero de una serie que parecía una racha.

ARCO IRIS

No tanto. La gente siempre abulta. ¡Si fuese una a hacaso... ! De todas dicen.

APOLINARIS

¡Ay ! ¡Ay !

FERMINA

¿Qué pasa?

APOLINARIS

No sé. Oigo la voz de Lucerito.

FERMINA

¿De Lucerito? ¿Habla?

APOLINARIS

Sí. No sé con quién se pelea. ¡Qué cosas dice !

MANOLITA

Se ha salvado entonces.

APOLINARIS

También oigo la voz de... Bueno, otra voz.

MARQUÉS

Sí, otra voz... Lo importante es que se salve; es lo que deseo. *(Entra Montoya.)*

FERMINA

¿Qué pasa?

MANOLITA

¿Qué sucede? ¿Qué nos dices?

MONTOYA

¡Hay esperanzas, muchas esperanzas ! ¡Ha reaccionado ! s médicos dicen que tal vez las pastillas no fueran de sunado. Ahora lo peligroso son los nervios.

FERMINA

No, los nervios, no. Si no es mas que eso...

MANOLITA

¿Podemos entrar?

MONTOYA

No, todavía no. Luego. Ya os avisaremos cuando entr los fotógrafos. Queremos sacar un grupo. Entretened Marqués, sobre todo.

FERMINA

¡Pobre! ¡Si es más bueno... !

ARCO IRIS

¡Ay! ¡Qué alegría! ¡Se ha salvadō, se ha salvado!

APOLINARIS

Yo nunca creí que se muriera.

ARCO IRIS

Tú lo sabes todo; no sé por qué.

APOLINARIS

No hablaba contigo.

MANOLITA

¿Hablabas con nosotras? Pues tampoco te «llevamos apunte», como dicen en Buenos Aires. ¡Si creerás que to ha sido fingido!

APOLINARIS

Todo, no. El reclamo ha sido verdad; la cuestión es c hablen los periódicos.

MANOLITA

Como que ella necesita reclamos.

APOLINARIS

A todas nos conviene refrescar el cartel de cuando cuando. Unas se casan para divorciarse a los dos días; dan que hablar dos veces. Otras dicen que se retiran, y vu ven. Otras dicen que van a entrar en un convento...

FERMINA

Y otras se mueren de envidia cada vez que oyen hab de las demás, como si de ellas no se hubiera hablado b tante.

APOLINARIS

De mí se hablará como artista; pero mujer que haya hecho menos pamemas fuera de las tablas... *(Entra Montoya.)*

MONTOYA

Ya podéis venir para el grupo. *(A la Arco Iris.)* Tú, como estabas antes, en pijama.

ARCO IRIS

¡Qué disparate! ¡En pijama voy yo a retratarme!

MONTOYA

Es una nota original y muy expresiva. *(A la Apolinaris.)* Ven tú también.

APOLINARIS

No, a mí dejarme. Yo me quedo acompañando al Marqués. Ya entraré cuando no esté aquí la Prensa. Yo no he venido aquí por cartel.

ARCO IRIS

Ni falta que hacía que hubieras venido.

MANOLITA

Anda. Déjala, que ésta siempre será la misma. *(Quedan solos la Apolinaris y el Marqués.)*

APOLINARIS

¿Qué le parece a usted? ¡Si fuera una a tomarlo en serio...! ¡La tragedia del suicidio! ¡Qué risa! Porque no me negará usted que esto del suicidio no admite términos medios.

MARQUÉS

Sí que nos vamos a poner todos en ridículo. ¡Qué muchacha esta! ¡Está tan mal aconsejada...!

APOLINARIS

Pero ¿está usted muy enamorado?

MARQUÉS

¡Qué sé yo, hijita; qué sabe uno! No puedo pasar sin ella, ésa es la verdad. Sé que me engaña, que se burla conmigo; sé que me pone en ridículo. Quiero dejarla, estoy dos días sin verla, y ni como, ni duermo, ni vivo. ¿Qué voy a hacer?

APOLINARIS

Tiene usted razón. Y si el cariño no se conoce en eso... ¿Usted se queda, Marqués?

MARQUÉS

Sí, esperaré a que se vayan todos. Ya que he venido, quiero verla.

APOLINARIS

Pues yo ya no tengo nada que hacer. Si hubiera sido verdad no hubiera querido dejar de despedirme; pero así no vale la pena. Que usted siga bien. Buenas noches.

MARQUÉS

Anda con Dios, hijita. *(Sale Apolinaris. Suena un fogonazo, luego otro. El Marqués enciende un cigarro y espera.)*

TELÓN

NUMEROS PUBLICADOS DE "COMEDIAS"

NÚM. I. **Jacinto Benavente:** Nadie sabe lo que quiere, o el bailarín y el trabajador.—**E. García Alvarez** y **J. Abati:** Clara Luna.—NÚM. II. **G. Martínez Sierra** y **Honorio Maura:** Susana tiene un secreto.—**C. Arniches** y **Antonio Paso:** ¡Qué encanto de mujer!—NÚM. III. **Alejandro Pérez Lugín** y **Manuel Linares Rivas:** Currito de la Cruz.—**Eduardo Marquina:** El pavo real.—NÚM. IV. **Pedro Muñoz Seca** y **P. Pérez Fernández:** Los campanilleros.—**Luis Gabaldón** y **E. Gutiérrez Roig:** Poderoso caballedo...—NÚM. V. **Carlos Arniches:** La cruz de Pepita.—**Augusto Martínez Olmedilla:** La mano de Alicia.—NÚM VI. **S.** y **J. Alvarez Quintero:** La consulesa.—**F. Romero** y **G. Fernández Shaw:** La sombra del Pilar.—NÚM. VII. **G. Martínez Sierra:** Mujer.—**E. García Alvarez** y **Fernando Luque:** Calixta, la prestamista.—NÚM. VIII **Eduardo Marquina:** Una noche en Venecia.—**Jacinto Benavente:** De cerca.—NÚM. IX. **Manuel Linarez Rivas:** La jaula de la leona.—**Francisco Serrano Anguita:** La simpatía.—NÚM. X. **Pedro Muñoz Seca:** La señorita Angeles.—**Antonio Paso** y **Ricardo González del Toro:** Soltero y solo en la vida.—NÚM. XI. **A. Torres del Alamo** y **Antonio Asenjo:** Lorenza, la seria.—**G. Martínez Sierra** y **Honorio Maura:** Mary, la insoportable.—NÚM. XII. **Jacinto Benavente:** La fuerza bruta.—**Luis Chiarelli:** La máscara y el rostro.—NÚM. XIII. **S.** y **J. Alvarez Quintero:** Mundo, mundillo...—**Pedro Mata:** En la boca del lobo.—NÚM. XIV. **Muñoz Seca** y **Pérez Fernández:** La tela.—Los chatos.—NÚM. XV. **Emilio G. del Castillo** y **Luis M. Román:** La calesera.—**Jacinto Benavente:** El amor asusta.—NÚM. XVI. **G. Martínez Sierra:** Sueño de una noche de agosto **Oscar Wilde:** Salomé.—NÚM. XVII. **Sutton Vane:** El viaje infinito.—**A. Torres del Alamo** y **A. Asenjo:** Rocío, la canastera.—NÚM. XVIII. **Alberto Insúa:** La madrileña.—**S.** y **J. Alvarez Quintero:** Fortunato.—NÚM. XIX. **José María Granada:** Soleá.—**Antonio Paso** (hijo) y **Francisco Loygorri:** Las mujeres de Lacuesta. NÚM. XX. **Miguel de Unamuno:** Todo un hombre.—**Jacinto Benavente:** Modas.—NÚM. XXI. **Stear Gipsy:** El perfume del pecado.—**Francisco Serrano Anguita:** El aire de Madrid.—NÚM. XXII. **Gregorio Martínez Sierra:** Esperanza nuestra.—**Jacinto Benavente:** El marido de la Téllez.—NÚM. XXIII. **Muñoz Seca** y **Pérez Fernández:** El sonámbulo.—**Gabriel D'Annunzio:** La antorcha estondida.—NÚM. XXIV. **Manuel Linares Rivas:** Almas brujas.—**E. García Alvarez** y **F. Luque:** La caravana de Ambrosio.—NÚM. XXV. **J. López Núñez:** El niño de las monjas.—**J. Juan Cadenas:** El señor cura y los ricos.—NÚM. XXVI. **Pío Baroja:** Arlequín, mancebo de botica.—El mayorazgo de Labraz.—NÚMERO XXVII. **P. Muñoz Seca** y **J. López Núñez:** El rayo.—**Jacinto Benavente:** El marido de su viuda.—NÚM XXVIII. **J.** y **S. Alvarez Quintero:** Zaragatas.—**A. F. Lepina** y **J. F. Escobar:** La rubia del expreso.—NÚM. XXIX. **J. Benavente:** La losa de los sueños. **Asenjo** y **Torres del Alamo:** Paloma «la Postinera».—NÚM. XXX. **P. Muñoz Seca:** La bondad.—**G. del Castillo** y **C. Palencia:** La joven Turquía.—NÚM. XXXI. **Arniches, Paso** y **Estremera:** Los celos me están matando.—**José María Granada:** Te portas como quien eres.

EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID